

Martín F. Ríos Saloma

La reconquista. Una construcción historiográfica (siglos XVI-XIX)

México/Madrid

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Marcial Pons Ediciones de Historia

2011

352 p.

ISBN 978-84-92820-47-4 (Marcial Pons Ediciones de Historia)
ISBN 978-607-02-2281-8 (UNAM, IIH)

Formato: PDF

Publicado: 27 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/reconquista/historiografica.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México.

Capítulo I

La «pérdida y restauración de España» en la historiografía del siglo XVI: un viejo mito para nuevos tiempos

«Lo que me movió a escribir esta historia latina fue la falta que della tenía nuestra España, mengua sin duda notable, más abundante hazañas que en escritores...».

Juan de Mariana, *Historia general de España* (siglo XVI).

«Es dudoso que quepa construir una identidad en sociedades de una cierta complejidad sin que se articulen historiográficamente imágenes del pasado. En la cultura occidental, al menos desde el siglo XVI y tras el papel del humanismo y la imprenta es imposible».

Fernando Wulff, *Las esencias patrias* (siglo XX).

La dimensión europea y universal que adquirió la monarquía española bajo los reinados de Carlos I y Felipe II obligó a los pensadores españoles —especialmente a los castellanos— y a la propia monarquía a reescribir la historia de la Península para situarla por encima, o al menos a la altura, de las otras monarquías con las que se disputaba la hegemonía europea y con ello legitimar, al mismo tiempo, esa nueva posición de preeminencia¹. Esta necesidad, sumada a otra no menos importante como era el dotar a todos los reinos que integraban la monarquía de una

¹ ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 63.

historia común, dio por resultado el nacimiento de un proyecto historiográfico que se renovarí­a siglo tras siglo: la elaboraci3n de una *Historia general de Espa­na*.

Baltasar Cuart ha estudiado con sumo detalle el camino que llev3 a la gestaci3n de las historias de Espa­na en el siglo XVI y ha puesto en evidencia el hecho de que, a tenor de la nueva situaci3n de la monarquía espa­nola y de los ataques polít­icos, ideol3gicos, morales y militares de las potencias enemigas, se hacía indispensable dotar a ésta de un elemento de propaganda tan sumamente ú­til como lo era la historia². Pero, en palabras de Fernando Wulff, no se trataba s3lo de propaganda, sino de «construir una idea de Espa­na como colectividad susceptible de dar un sentido de pertenencia general» a los distintos grupos que conformaban la sociedad espa­nola, particularmente a los bur3cratas y militares «dispersos por los espacios dominados en los que representarán y proyectarán el poder real»³.

Los historiadores que se dieron a esta tarea fueron conscientes del estrecho vÍnculo que unía a la historia con la política y desde diversas perspectivas reinterpretaron la historia de Espa­na con el objetivo de reconstruir un discurso hist3rico-identitario acorde con los nuevos tiempos, impregnados de un espÍritu humanista a la par que tridentino⁴. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos hechos en esta direcci3n por historiadores como Ambrosio de Morales o Juan de Mariana, lo cierto es que en Arag3n, Catalu­a y el PaÍs Vasco existía tambi3n un fuerte sentimiento de identidad que reivindicaba la participaci3n de estos territorios en el proceso hist3rico de la monarquía. A largo plazo, la versi3n casticista pareció imponerse, pero nunca logr3 silenciar del todo las reivindicaciones hist3ricas de los otros territorios, como las elaboradas por el propio Jer3nimo de Zurita o Jer3nimo de Pujades.

En el desarrollo de este proceso constructivo, tanto los historiadores generales como los particulares se vieron en la tesitura de hallar la clave explicativa del proceso hist3rico que había llevado a la monarquía espa­nola a convertirse en la más poderosa del mundo y a distinguirla de las

² Baltasar CUART, «La larga marcha de las historias de Espa­na en el siglo XVI», en GARCÍA CÁRCEL (coord.), *La construcci3n de las historias de Espa­na*, op. cit., pp. 13-126.

³ Fernando WULFF, *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcci3n de la identidad espa­nola (siglos XVI-XX)*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 18.

⁴ Benito SÁNCHEZ ALONSO *Historia de la historiografía espa­nola. Ensayo de un examen de conjunto*, 3 vols., Madrid, CSIC, 1941-1950, vol. II, p. 1. Sobre la influencia del elemento religioso en la construcci3n de las identidades colectivas en la época moderna, véase Alain TALLON, *Conscience nationale et sentiment religieuse*, París, PUF, 2002, e íd., *Le sentiment national dans l'Europe méridionale aux XVI^e et XVII^e siècles*, Madrid, Casa de Velázquez, 2007.

UNAM - IHH

otras monarquías europeas. La respuesta se encontró de manera unánime en la lucha que los cristianos habían mantenido a lo largo de ocho siglos en contra del islam peninsular y por ello la batalla de Covadonga y la figura de Pelayo fueron objeto de un tratamiento particular por parte de los cronistas, no sólo por considerarlos como el origen de la resistencia contra los musulmanes, sino, ante todo, porque la victoria en las montañas asturianas se interpretó como una prueba fehaciente del favor especial que Dios había concedido a la monarquía hispana. A pesar de este acuerdo, los historiadores regionales, si bien nunca dejaron de reconocer la primacía en el tiempo de la batalla de Covadonga, tampoco renunciaron a exaltar el inicio de la resistencia en su propio territorio, en parte por autocomplacencia y, en gran medida, como forma de autoafirmación frente al discurso casticista.

En este primer capítulo analizaré la forma en la que los historiadores del siglo XVI reinterpretaban el mito medieval de la «pérdida y restauración de España», presente en las crónicas de Alfonso III y reelaborado en el siglo XIII por Lucas de Tuy y Rodrigo Jiménez de Rada, en función de unas nuevas claves de lectura humanistas y religiosas según las cuales lo que definía a la monarquía hispana era, precisamente, su ortodoxia religiosa, por oposición a las monarquías protestantes.

Las historias generales de España en el siglo XVI

Entre 1553 y 1615 fueron editadas cinco crónicas generales de España debidas a las plumas de Florián de Ocampo (1553), Esteban de Garibay (1571), Ambrosio de Morales (1574), Juan de Mariana (1601), y Prudencio de Sandoval (1615). Sin embargo, las obras de Ocampo, Morales y Sandoval fueron consideradas, en la práctica, la continuación de una misma *Coronica*. Vistas en conjunto, estas obras presentan, desde mi perspectiva, seis rasgos comunes.

En primer lugar, es posible encontrar en todas ellas un auténtico sentimiento de amor por España. Independientemente de que trabajen por encargo real en tanto cronistas o que escriban para obtener dicho cargo, como Garibay, o que simplemente escriban para defender a España de los ataques lanzados desde el exterior, como Mariana, todos estos autores muestran un sentimiento de afecto que se refleja en la voluntad de servir a su rey y señor con sus desvelos. Este dato no debe tomarse a la ligera, pues ello contribuyó a cargar el discurso de cierta emotividad y, por tanto, a hacer más patente el sentimiento de pertenencia a la monarquía que se quería difundir a través de la historia.

En segundo término, todos los autores, salvo Ocampo, muestran un gran interés por la erudición y la necesidad de encontrar la verdad, pre-

misa que les llevó no sólo a emplear todas las crónicas e historias que tuvieron a su alcance, sino, sobre todo, a utilizar documentos originales. Ello les permitía ofrecer una gran cantidad de noticias nuevas y cotejarlas con las viejas, corregir datos y sustentar su discurso sobre un determinado criterio de veracidad.

El tercer aspecto es la utilización del castellano para la redacción de las obras, lo cual demuestra la voluntad expresa de sus autores de ser comprendidos por todos los súbditos de la monarquía y no sólo por los eruditos y versados en latín; el número de ediciones que se elaboraron de todas ellas, en especial de la de Mariana, mostrarían lo acertado de la decisión. Por otra parte, resulta evidente que, al elegir el castellano, los autores reconocían implícitamente la preponderancia que tenía la historia de Castilla dentro del conjunto de la monarquía, pero ello también reflejaba el propio proceso de consolidación de la monarquía de los Austrias, en donde el castellano era utilizado como lengua de administración, gobierno y cultura en todos los dominios sobre los que éstos ejercían su soberanía.

Como cuarto elemento, debe señalarse la pertenencia de todos los autores, con excepción de Garibay, al estamento eclesiástico. Ello marcaría no sólo la perspectiva desde la que escribieron, sino que también determinaría la interpretación que elaboraron sobre los acontecimientos pasados: una interpretación de marcado carácter providencialista que explica que la invasión musulmana siguiera considerándose como un justo castigo por los pecados cometidos por los godos y que la lucha mantenida contra los musulmanes fuera tenida por una larga penitencia de ochocientos años que permitió a los cristianos borrar las manchas del pecado. Asimismo, a lo largo de estas obras se hacen patentes las imágenes bíblicas de las que los diversos autores echaron mano para adornar su discurso —se habla, por ejemplo, de la «inundación» de los sarracenos, clara alusión al Diluvio— o para identificar la historia del pueblo hispano-cristiano con la del pueblo de Israel, uno y otros pueblos elegidos de Dios y destinados a la salvación a pesar de sus faltas. Finalmente, debe considerarse el hecho de que su condición de hombres de Iglesia les permitió acceder a archivos, documentos y libros que de otra suerte les hubieran resultado inalcanzables o a los que hubieran tenido un acceso restringido. Ello nos permite calibrar el valor que todos ellos, particularmente Ambrosio de Morales, concedieron a las fuentes documentales originales.

Un quinto punto en común es la consolidación de un esquema interpretativo de la historia española que Fernando Wulff ha denominado como «invasionista»⁵. En efecto, todos los cronistas opinan que desde los lejanos años en los que Túbal —personaje legendario— pobló la

⁵ WULFF, *op. cit.*, pp. 29 y ss.

Península Ibérica, se conformaron las esencias hispanas que se verían amenazadas a lo largo de la historia por una sucesión de pueblos invasores: cartagineses, romanos, suevos, vándalos, visigodos y musulmanes. En esta interpretación, la guerra contra el islam se planteaba como una lucha contra los peores invasores que hasta entonces había sufrido la Península —los musulmanes son calificados como «canallas», «execrables», «abominables», «pérfidos», etc.— y como la gesta que conduciría a los cristianos a la recuperación de la libertad primigenia. Es por ello que nuestros autores hicieron más énfasis en la condición de esclavitud y servidumbre a la que fueron sometidos los cristianos que en la propia pérdida del territorio.

Finalmente, debe resaltarse en todas ellas la utilización sistemática de diversas crónicas medievales como son: la *Crónica Mozárabe del 754*⁶, a la que denominan *Pacense*; las crónicas del ciclo de Alfonso III, en particular la de Sebastian⁷, y las de Sampiro⁸, Pelayo de Oviedo⁹, Rodrigo Jiménez de Rada¹⁰, Lucas de Tuy¹¹ y Alfonso X¹². Su uso está marcado por dos aspectos: en primer lugar, el empleo de todas ellas como autoridades, es decir, como fuentes de información fidedigna con las cuales es posible reescribir el relato de unos acontecimientos pretéritos sobre los cuales se ignora más de lo que se sabe; en segundo término, la confrontación de todas ellas con el objetivo de encontrar la verdad, pues las contradicciones no son sólo de orden cronológico —variación de fechas, por ejemplo, de la batalla de Guadalete—, sino de información misma (nombres, acontecimientos, cifras, etc.). Esta situación dio origen a una de las polémicas eruditas más interesantes —insustancial a la luz de la historiografía moderna— de la historiografía española y colocó a todos estos autores en una paradoja: al intentar establecer la verdad, se vieron obligados a contradecir a las más sólidas autoridades —a unas o a otras— pero, sobre todo, se vieron en la tesitura de contradecir a la propia tradición histórica. Ello hizo que los escritos estén plagados de dudas,

⁶ *Crónica mozárabe del 754*, edición de Juan GIL FERNÁNDEZ, en *Corpus scriptorum muzarabicorum*, I, CSIC, 1973, pp. 15-54.

⁷ *Crónicas asturianas*, edición de GIL, MORALJO y RUIZ DE LA PEÑA, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1985.

⁸ SAMPIRO, *Crónica*, edición de Ambrosio HUICI, en *Crónicas latinas de la Reconquista*, vol. I, Madrid, Establecimiento Tipográfico Hijos de F. Vives, 1913, pp. 240-306.

⁹ *Chronicon regum Legionensium Pelagii episcopi ovetensis*, edición de Ambrosio HUICI, *op. cit.*, vol. I, pp. 306-338.

¹⁰ Rodrigo JIMÉNEZ DE RADA, *Historia de los hechos de España*, edición de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

¹¹ LUCAS, obispo de Tuy, *Chronica de España*, edición de Julio PUYOL, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1926.

¹² Alfonso X, *Primera crónica general de España*, edición de Ramón MENÉNDEZ PIDAL, 2 vols., Madrid, 1977.

incertidumbres y comentarios personales, a pesar de lo cual ninguno de los autores dio el paso de romper con los *tropos* establecidos: Garibay y Morales se limitaron a expresar tímidamente sus pareceres y Mariana dejó tal responsabilidad al propio lector. El resultado fue que, más que escribir una nueva historia, se reelaboró y actualizó un mito fundacional: el de la «pérdida y restauración de España». En las próximas páginas analizaremos con cierto detenimiento los aportes que hizo cada uno de los cronistas generales a un relato por lo demás conocido.

La «pérdida y restauración de España» en las crónicas del siglo XVI

El relato sobre la «pérdida y restauración de España» es conocido en sus líneas generales y no es pertinente fatigar al lector con su desarrollo. Pero es necesario hacer un breve paréntesis con el objetivo de señalar que dicho relato se estructuró en el siglo XVI como un juego de espejos y contraposiciones entre los principios opuestos del mal y del bien. De esta suerte, los últimos reyes visigodos, Witiza y Rodrigo, representaron el principio del mal, en tanto que Pelayo encarnó el principio del bien. Sin embargo, los primeros fueron objeto de un tratamiento ambiguo por parte de los cronistas, pues si bien por una parte eran considerados como la encarnación del pecado y de los vicios que generaron el castigo divino y la ruina del reino, por otra no podía ignorarse el hecho de que ambos eran descendientes de aquellos visigodos que en otro tiempo habían conquistado Roma, liberado a España del yugo romano y garantizado la unidad religiosa de España, al tiempo que tampoco podía pasarse por alto el hecho de que el propio Pelayo era tenido por visigodo. La solución pasó entonces por individualizar y concentrar las malas conductas en cuatro personajes —Witiza, Rodrigo, Julián y Oppas— y no en el «pueblo visigodo». De esta suerte, Witiza sería retratado como el mal gobernante que sentó las bases de la desgracia con su conducta lasciva y anticlerical. Rodrigo, por su parte, fue presentado como el mal rey que abusó de la fidelidad de sus vasallos y que cometió tres pecados gravísimos: el de lujuria, al forzar a Florinda (o la Cava); el de adulterio, al traicionar a su esposa Egilona, y uno más de atentado contra los bienes de la Iglesia al abrir las puertas de la torre encantada. El conde Julián sería considerado, a su vez, como el vasallo felón que, como Judas y Lucifer, cometió el más grave de los pecados: traición a su señor y a su patria. Finalmente, Oppas, miembro del alto clero, sería dibujado como la encarnación de la apostasía, como el mal cristiano que prefirió traicionar a su señor, a su rey y a su patria y someterse al dominio de los seguidores de Mahoma. Cuatro arquetipos, pues, que encarnaban los pecados capitales de lujuria, avaricia, apostasía y traición, los cuales habían sido castigados por la tradición cristiana con las más duras penas desde los primeros tiempos de la Iglesia.

Frente a estos funestos personajes, Pelayo fue caracterizado como el arquetipo de buen rey y buen cristiano, que no dudó en trasladar las reliquias y los libros sagrados desde Toledo y ponerlos a buen resguardo en las montañas asturianas con el fin de preservar la religión cristiana, que no temió rebelarse contra los infieles invocando el auxilio divino, que resistió los ofrecimientos de Oppas y que estuvo dispuesto a dar la vida por su pueblo, por su religión y por la libertad. Primer rey de la España restaurada y sólida raíz de la monarquía hispana, la figura de Pelayo estaría llamada a desempeñar la función de modelo a seguir por los monarcas de los siglos XVI, XVII y XVIII, pero también como ejemplo para todos los súbditos de la monarquía en todas las épocas.

Todo ello es lo que explica que el relato tradicional sobre la «pérdida y restauración de España» reelaborado en el siglo XIII por Jiménez de Rada se mantuviera vigente a lo largo de la Baja Edad Media, pues, como ha estudiado Peter Linehan, el toledano perseguía el objetivo de reivindicar para Castilla un papel preponderante en la política peninsular insistiendo en la continuidad del linaje gobernante desde época visigoda¹³. En los siglos XVI y XVII no otra cosa pretendieron los historiadores al servicio de la monarquía hispana, los cuales hicieron del discurso historiográfico un arma eficaz en contra de las pretensiones territoriales de los monarcas vecinos, particularmente de los franceses. En este sentido, las historias redactadas a partir del siglo XVI buscarían completar y llenar los vacíos de información —en ocasiones con verdadera maestría literaria y ningún fundamento histórico—, corregir los datos existentes e impugnar los datos de otros autores acerca del levantamiento de Pelayo, todo ello sin alterar la esencia del relato¹⁴.

Florián de Ocampo (1499?-1558?): un intento fallido

En 1539, el zamorano Florián de Ocampo fue nombrado cronista oficial del Reino de Castilla¹⁵ con el encargo explícito del emperador de

¹³ Peter LINEHAN, *History and the historians of Medieval Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

¹⁴ El análisis sobre las fuentes de inspiración y su transmisión en cantares de gesta y romances corresponde al ámbito de la literatura, por lo que remito al lector a los trabajos de Juan MENÉNDEZ PIDAL, *Leyendas del último rey Godo*, Madrid, Tipología de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1906; Marcelino MENÉNDEZ y PELAYO, «La novela histórica», en *Orígenes de la novela*, 4 vols., Santander, Aldus, 1943, vol. II, pp. 89-105 [1910], y Ramón MENÉNDEZ-PIDAL *Floresta de leyendas heroicas españolas: Rodrigo, el último godo*, 3 vols., Madrid, La Lectura, 1925. Recientemente, Jon JUARISTI ha vuelto sobre estas tradiciones, *El reino del ocaso: España como sueño ancestral*, Madrid, Espasa Calpe, 2004.

¹⁵ SÁNCHEZ ALONSO, *op. cit.*, vol. II, p. 13.

elaborar una crónica general de España, la cual vio la luz en 1553 bajo el título *Los cinco primeros libros de la Coronica general de España*¹⁶. El objetivo de Ocampo era mostrar que la monarquía hispana era la más antigua de todas y, por tanto, tenía el derecho de convertirse en rectora de las demás naciones europeas.

La muerte impidió a nuestro cronista redactar los capítulos posteriores a la invasión romana. Sin embargo, en el prólogo dejó un interesante testimonio de lo que para él había sido la *Restauración*, la cual se inserta dentro del largo proceso histórico de la monarquía constituido por tres épocas: la primera era la historia antigua, que iba desde el Diluvio Universal hasta el inicio de la era cristiana; la segunda abarcaba desde el año cero de nuestra era hasta el momento de la invasión musulmana, y

«el tercero y último volúmen —explica— contiene desde aquella entrada de los Alárabes y Moros Africanos, que comúnmente se dice la destrucción de España, hasta los tiempos de V.M., donde así mismo las cosas Españolas dieron otro vuelco, y se diferenciaron del estado en que los Godos las habían puesto, tomando muy mucho de lo que los Moros trajeron: con los cuales se continuaron ochocientos años de guerra cruel y porfiada dentro de España: que fue la mayor contienda que se halla desde que el mundo se crió, en quantas historias sabemos, de una nación contra otra, y la que con más enojo se trató, y donde más valentías y hazañas pasaron, y a la que de nuestra parte con menos aparejos, y con poca más gente, y sobre mayor adversidad se comenzó, contra la mayor pujanza y poderío, que por aquellos días había sobre la tierra, que fue la multitud de estos Alárabes: hasta que finalmente fueron acabados de vencer en tiempos de los Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, vuestros abuelos, y fueron despojados de cuantas tierras acá nos ocupaban, y puestos embaxo de nuestra sujección»¹⁷.

Aunque el texto habla por sí mismo, me parece oportuno resaltar cuatro elementos que hallo en él. Primero, la violencia con la que Ocampo caracteriza la lucha contra los musulmanes al calificarla de «guerra cruel» y como «la mayor contienda que se halla desde que el mundo se crió [...] de una nación contra otra». Virulencia que es evidente en algunos pasajes de las crónicas medievales, particularmente en la de Alfonso VII, pero que

¹⁶ FLORIÁN DE OCAMPO, *Los cinco primeros libros de la coronica general de España que recopilava el maestro Florián de Ocampo, coronista del rey nuestro señor, por mandado de Su Magestad, en Zamora*, Medina del Campo, Guillermo de Millis Impresor, 1553. Utilizo la edición de Benito Cano, quien, en 1791, publicó en Madrid los textos de Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales en una sola edición de seis volúmenes bajo el título *Corónica general de España*.

¹⁷ *Ibid.*, vol. I, fs. XIII-XIV.

pocas veces sería caracterizada con notas tan claras en la historiografía posterior. Segundo, la inferioridad numérica y militar que el cronista da a los «españoles», exaltando con tal recurso retórico su valentía al vencer a una multitud de invasores militarmente superior; en este sentido y prolongando la reflexión, se sobreentiende que la victoria no sólo fue posible gracias al tesón y al valor de los cristianos, sino, sobre todo, a la constante intervención divina. En tercer lugar, no podemos dejar de percibir ciertas reminiscencias de aquellos argumentos que los Reyes Católicos esgrimían frente al sultán mameluco de Egipto al comenzar la guerra contra el emirato nazarí al decirle que «... era notorio por todo el mundo que las Españas en los tiempos antiguos fueron poseídas por los reyes sus progenitores; y que si los moros poseían ahora en España aquella tierra del Reino de Granada, aquella posesión era tiranía y no jurídica. Y que, por escusar esta tiranía, los reyes sus progenitores de Castilla y de León, con quien confina aquel reino, siempre pugnaron por restituir a su señorío, según que antes había sido»¹⁸. Así pues, para Ocampo, la guerra contra los árabes había sido una cruenta lucha de ochocientos años entre dos naciones diferentes, al final de la cual la cristiana había logrado reducir a sujeción a la nación musulmana y recuperar las tierras de las que había sido despojada. En este sentido, y como último elemento, no deja de ser sorprendente que en fechas tan tempranas el esquema en el que se organizaría el devenir histórico de la monarquía esté claramente definido y que la Edad Media sea identificada con el dominio musulmán y la lucha establecida contra ellos.

Ambrosio de Morales (1513-1591): el encuentro con los orígenes

Correspondió al cordobés Ambrosio de Morales continuar la labor de Ocampo. Morales poseyó una de las mentes históricas más lúcidas de su época, un rigor metodológico poco frecuente y un interés especial hacia las fuentes de primera mano, fuesen documentos, crónicas, monedas o inscripciones pétreas¹⁹.

Dos son las obras que nos interesa analizar. La primera es el *Viaje a los reinos de León, Galicia y Principado de Asturias*, en donde Morales narró las peripecias del viaje que con el apoyo del monarca realizó por el noroeste peninsular con el objetivo de recopilar materiales desconocidos con los cuales confeccionar su obra y cuyos registros sirvieron posterior-

¹⁸ Citado por Derek LOMAX, «Novedad y tradición en la guerra de Granada 1482-1491», en Miguel Ángel LADERO (COORD.), *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla. Actas del symposium conmemorativo del quinto centenario (Granada, 2 al 5 de diciembre de 1991)*, Granada, Diputación Provincial, 1993, pp. 229-262, esp. p. 237.

¹⁹ SÁNCHEZ ALONSO, *op. cit.*, vol. II, p. 26.

mente al rey para conformar la biblioteca de El Escorial²⁰. La segunda es la continuación de la *Coronica general de España*, impresa en Alcalá de Henares en 1574 sobre la que volveremos más adelante²¹.

El viaje emprendido por Morales con el patrocinio real debe analizarse desde dos perspectivas. Desde la óptica historiográfica, la obra revela un interés creciente por la erudición y la búsqueda de fuentes con las cuales construir el edificio de la historia de España; con ello el cronista prestaría grandes servicios a la historiografía, pues desde entonces se exigiría a los discursos históricos un mínimo grado de fiabilidad y certeza.

Desde el punto de vista del proceso de construcción de la identidad hispana, el viaje debe entenderse como un encuentro con los orígenes de la propia monarquía, pues aunque nadie podía dudar de los sucesos ocurridos en Covadonga, era necesario constatar su existencia. De esta suerte, el propio Morales afirmaba que en el concejo de Cangas se encontraba «... la insigne cueva, y digna de ser por toda España reverenciada, como Celestial principio y milagroso fundamento de su restauración, llamada Covadonga, con el Monasterio de Nuestra Señora [...] La extrañesa de este Santo Lugar —agregaba emocionado Morales— no se puede dar a entender bien todo con palabras»²².

El lenguaje en este caso es un gran revelador del simbolismo que encierra este «santo lugar». Ante todo, es patente el hecho de que Morales no habla de una reconquista, sino de una restauración siguiendo la tradición medieval. En segundo término, considera que el paraje es un lugar «insigne» que debía ser reverenciado por todos los españoles —y no sólo por los castellanos— como fundamento y origen de la monarquía y de la propia restauración de España. Por otra parte, el halo de santidad —corroborado por la fundación del monasterio y la ermita— le viene dado por el hecho de haber sido escenario de uno de los más grandes milagros de la historia: la derrota musulmana. Morales lo dice con estas palabras:

«Esta Cueva llamada agora Covadonga, es aquella donde el Infante Pelayo se encerró con estos pocos cristianos, que entonces le

²⁰ Ambrosio DE MORALES, *Viaje a los reinos de León y Galicia y Principado de Asturias*, prólogo de José María ORTIZ, Oviedo, Biblioteca Popular Asturiana, 1977. Edición facsimilar de la realizada por Enrique FLÓREZ, Madrid, Casa de Antonio Marín, 1765.

²¹ Ambrosio DE MORALES, *La Coronica General de España que continuava Ambrosio de Morales, natural de Córdoba, Coronista del Rey Catholico nuestro señor don Phelipe segundo de este nombre y catedrático de Rethorica en la Universidad de Alcalá de Henares. Prossiguiendo delante de los cinco libros que el Maestro Florián de Ocampo coronista del Emperador don Carlos V dexó escritos*, Alcalá de Henares, 1574. Las citas están tomadas de la edición preparada por Benito Cano a la que hemos hecho referencia.

²² MORALES, *Viaje...*, *op. cit.*, p. 61.

seguían, y aquí obró Dios por ellos de sus acostumbradas maravillas, como en todos nuestros Historiadores se lee [...], y desde el llanito del pie de la peña hablaba don Oppas, y de allí le quiso combatir, y allí bajó el Infante con los suyos a la pelea, con el esfuerzo milagroso del cielo, y con ayuda también de parte de sus Christianos, que como dicen los de la tierra, y la oportunidad del lugar los testifica, desde la cumbre de la peña y montaña derribaron sobre los moros grande multitud de piedras, con que mucho los defendieron, y los comenzaron a desbaratar»²³.

Las páginas dedicadas a describir el paraje de Covadonga terminaban con unas reflexiones a propósito de dos cuestiones que en la época se consideraban de la mayor importancia: determinar la antigüedad de la ermita que se había erigido en la cueva e identificar claramente los restos mortales que custodiaban las dos tumbas que se encontraban en el interior de aquélla, una de las cuales pertenecía a Pelayo.

La primera cuestión era fundamental, porque, si se podía demostrar que la ermita había sido erigida en tiempos de Alfonso I como lo quería la tradición, resultaba ser la primera iglesia construida en España tras la batalla de Covadonga, es decir, se convertía en la primer iglesia de la *Restauración*. Este dato tenía una gran relevancia simbólica, dado que, según el célebre «llanto por España» contenido en la *Crónica mozárabe del 754*, los templos cristianos habían sido profanados y destruidos por los invasores musulmanes. En este sentido, la ermita se había convertido en un auténtico «lugar de memoria» y así lo demostrarían las obras de restauración que en el siglo XVIII patrocinaría Carlos III. Morales fue muy cauto en su veredicto, pero no dejó de apuntar que, aunque la tradición decía que la ermita había sido erigida por Alfonso el Casto «... y que así dura desde entonces milagrosamente, sin podrirse la madera» él veía «... manifestadas señales en todo de obra nueva, y no de tiempo de aquel Rey»²⁴.

El segundo problema era aún más importante, pues se trataba de conocer con exactitud el lugar en el que residían los restos mortales de Pelayo. La tradición afirmaba que los sarcófagos contenían los cuerpos de Pelayo y su esposa, respectivamente, los cuales habían sido trasladados desde la iglesia de Santa Eulalia en tiempos de Alfonso el Casto. Morales llegó a la conclusión de que, en efecto, en una de las tumbas estaban los restos de Pelayo, pero que la traslación no había sido realizada en tiempos de Alfonso I, sino mucho después, al menos en el siglo XI²⁵. Sobre la

²³ *Ibid.*, pp. 62-63.

²⁴ *Ibid.*, p. 63.

²⁵ *Ibid.*, p. 64.

segunda tumba, Morales se decantaba por la hipótesis según la cual ésta albergaba los restos de Alfonso I y no los de la esposa de Pelayo. Así pues, el hecho indiscutible era que el vencedor de Covadonga reposaba en el mismo lugar de su victoria y que la monarquía hispana tenía sólidos y tangibles pilares sobre los cuales apoyar la construcción de su discurso histórico-identitario.

La *Crónica general de España*, por su parte, se nos muestra como el compromiso vital por escribir una historia completa y verídica según los criterios de la época y como un monumento a la propia grandeza de España. La pluma de nuestro jerónimo es ágil y erudita, y salta con fluidez de las crónicas cristianas a la crónica del moro Rasis, incorporando así nuevos manantiales y perspectivas para realizar su historia. Hasta entonces pocas veces se habían consultado las fuentes musulmanas y su utilización continuaría siendo algo más bien raro hasta la segunda mitad del siglo XVIII.

Tal como está concebida la obra, los capítulos dedicados a los acontecimientos del siglo VIII —contenidos en el volumen sexto— serían el epílogo del glorioso reinado visigodo que comenzó con la derrota del Imperio Romano y en el cual se había implantado el cristianismo en España. Atendiendo a este esquema, son cinco los elementos particulares que presenta la obra de Morales que me interesa resaltar: primero, la idea de que fueron los propios visigodos los que causaron la ruina de España; segundo, el hecho de que la religión cristiana y la monarquía no fueron destruidas totalmente; tercero, la premisa de que la lucha no se entendía como una recuperación del territorio sino como una restauración de la libertad de los cristianos que habían quedado sometidos al yugo musulmán; cuarto, el papel protagónico otorgado a Pelayo y, por último, el carácter sagrado de la monarquía visigoda y, por tanto, de la monarquía española.

La explicación de la caída del reino visigodo que ofrece Morales está marcada por unos rasgos providencialistas, de tal suerte que el triunfo de los invasores se presenta más como algo fomentado por los propios visigodos que como mérito de los musulmanes. En este sentido, Morales retomó las tradiciones que Lucas de Tuy y Jiménez de Rada elaboraron acerca del mal comportamiento de Witiza y de la debilidad y falta de capacidad bélica que la molicie había provocado en el pueblo god²⁶. Tal situación facilitó la victoria de los musulmanes en las cercanías de Xe-

²⁶ «Estos vicios enflaquecieron los ánimos y los cuerpos de los godos y aquella fuerza y vigor que solía ser espantable a los enemigos en la guerra, ahora rendida y sujeta, se debilitaba y consumía con la blandura de este feo deleyte, sin advertirse de su daño y destrucción. Estas fueron las verdaderas causas de la perdición de España; y se puede de-

rez de la Frontera en el octavo día de enfrentamientos, en el que fueron «vencidos y muertos tan miserablemente los Godos, que la tierra quedó como desierta y desamparada, sin ninguna defensa»²⁷.

La derrota visigoda obedecía a múltiples explicaciones, siendo la causa primera la ira de Dios provocada por los pecados arriba mencionados. En segundo término, Morales aducía cuestiones del orden natural, pues, según él, dos años antes el hambre y la peste se habían cernido sobre España, debilitando aún más los cuerpos de los hombres ya enflaquecidos por el ocio, las delicias y la lascivia. La tercera razón consistía en que el conde Julián tenía «... una buena banda de Godos escogidos, de sus amigos y parientes y vasallos, acostumbrados al ejercicio de las armas, y a mantener la guerra en aquellas fronteras marítimas de Algeciras. Porque entendamos que los Godos por Godos habían de ser vencidos, sin que otra nación sola pudiese prevalecer contra ellos»²⁸. Esta idea se fundamentaba en la versión tradicional del relato de la batalla en la que se afirma que Rodrigo en un principio tenía dentro de sus tropas a los hijos de Witiza, quienes le acabarían traicionando, vengando así los agravios recibidos y la muerte de su padre.

Es quizás en el tema relativo a la continuidad de la religión y la monarquía en el que Morales hizo aportaciones más significativas al relato tradicional de la «pérdida y restauración de España». Nuestro jerónimo explicaba que los habitantes de Toledo y otras comarcas se trasladaron a Asturias y que estos cristianos fueron encabezados por el «infante Pelayo» y el legítimo arzobispo toledano, quien recogió con gran esmero las reliquias —incluyendo la casulla de san Ildefonso— y los libros más preciados que poseía la catedral —particularmente «los libros de la Sagrada Escritura, y de los Oficios Eclesiásticos, y las obras de nuestros santos doctores»— y los trasladó a Asturias para evitar que se perdiesen²⁹. Tal medida encierra un doble significado: por una parte, explica el hecho de que la religión cristiana no desapareciera, pues gracias al traslado fue posible conservar los libros de los oficios, las sagradas escrituras y las propias reliquias que conferirían un carácter sagrado a las tierras asturianas y permitirían la continuidad del culto. Por otra, sugiere que no hubo una ruptura de la monarquía, puesto que era el propio «infante» Pelayo, es decir, un miembro de la familia real, el que ayudaba al arzobispo primado a realizar esta acción salvífica y el que desde el principio patrocinaba la labor de restauración del culto.

cir con razón que ahora se perdió cuando se hizo tan aparejada para perderse». MORALES, *Crónica, op. cit.*, vol. VI, p. 360.

²⁷ *Ibid.*, vol. VI, p. 376.

²⁸ *Ibid.*, vol. VI, p. 378.

²⁹ *Ibid.*, vol. VI, p. 385.

En este mismo sentido, Fernando Wulff ha señalado también que Morales situó de forma deliberada a todos los cristianos en la zona cantábrica, congregando ahí a los godos sobrevivientes y a los cántabros indígenas, considerados como los viejos españoles. El resultado de tal acción es que estos cántabros, que antes habían resistido con tanto ahínco a los romanos, se unieron con los godos para renovar esas energías vitales y propias de los «españoles» en contra de un nuevo invasor³⁰. En esta suma de virtudes, decimos nosotros, los godos pondrían el linaje y la nobleza de sangre, mientras que cántabros y astures contribuirían con su valor y fiereza. De dicha adición y mestizaje surgiría una monarquía única entre todas las naciones llamada a combatir a los musulmanes y expandir la luz de la religión por todo el orbe: la monarquía española.

Esta idea me permite señalar el tercer aporte central en la obra de Morales: el hecho de que la lucha contra los musulmanes no tenía como objetivo final restaurar el culto cristiano, que en realidad nunca pudo ser destruido por los invasores, ni recuperar una tierra de manos del enemigo invasor, sino liberar a los cristianos del yugo sarraceno y restaurar la libertad del pueblo cristiano. En efecto, según nuestro autor, la situación de los cristianos en la Península tras la derrota de Guadalete fue muy variada, pues mientras los que habían seguido a Pelayo a las Asturias

«... nunca perdieron su libertad y ellos eligieron presto entre sí al Infante por rey que los gobernase, y en religión y en gobierno, y aprovechamiento de la tierra [...] teniendo gran cuidado de la religión, y conservando en buena manera la forma que había tenido la iglesia de España, tuvieron sus obispos de las ciudades perdidas que habían escapado, y acogéndose a las tierras de los cristianos [...] Los sujetos a los moros estaban más o menos oprimidos, según habían hecho sus partidos o asientos con ellos [...] Los seglares labraban la tierra y pagaban su tributo, sirviendo también, en lo que se les mandaba, como gente tan sujeta y medio esclava»³¹.

Tal interpretación no debe causar sorpresa, puesto que para Morales y para sus contemporáneos, como se ha dicho, la lucha contra el islam no era sino una forma de limpiar los pecados de los godos con el fin de dar nacimiento a una nueva España³².

³⁰ WULFF, *op. cit.*, pp. 39 y ss.

³¹ MORALES, *op. cit.*, vol. VI, pp. 412-414.

³² «[Dios] quiso por rigurosa ejecución de su divina justicia —diría Morales— [...], pasar así a esta insigne provincia por el fuego de tan cruel tribulación, para que purgándola con el de la escoria de sus vicios, saliese de nuevo como de buena fragua, otra España

El cuarto elemento es el papel protagónico reservado a Pelayo, un papel que evidentemente se correspondía al lugar que Morales, en tanto cronista real, otorgaba al monarca como cabeza del cuerpo social y como fundamento mismo de la monarquía. De esta suerte, sabemos que Pelayo huyó primero de las persecuciones de Witiza a su «natural» Vizcaya; posteriormente se presentó en la Corte de Rodrigo y se le dio el cargo de espartario; durante la invasión, participó en la batalla de Guadalete al lado del rey defendiendo un reino que en cierta forma era suyo y sólo después de la derrota definitiva marchó hacia Toledo, donde finalmente se unió al obispo Urbano y trasladó las reliquias a Asturias. Su elección como rey no era sino la culminación lógica de una historia personal que Morales se cuida muy bien de dibujar, respondiendo así a la inquietante pregunta de saber de dónde procedía Pelayo y señalando con claridad en su *Viaje* el lugar en que se hallaban sus restos mortales. Para Morales, era incuestionable el hecho de que Pelayo fuera un verdadero godo y que la monarquía de su época era sucesora directa de los godos.

Un quinto elemento que es posible detectar en el pensamiento del cordobés es el origen sagrado de la monarquía hispana. Tal interpretación se halla presente en los primeros capítulos del volumen séptimo, destinado a contar la historia de «los primeros tiempos de la restauración»³³. De esta suerte, Morales atribuyó el inicio de la restauración a un asunto personal como fue la unión del gobernador musulmán de Gijón, Munuza, con Ermesinda, la hermana de Pelayo. Al volver Pelayo de su embajada en Córdoba «... le pesó gravemente — afirma Morales— de ver su hermana con el moro, y sacándosela de poder con la mejor consideración que pudo, comenzó a tratar de veras, aunque con todo secreto, el alzarse contra los alárabes, y dar principio a recobrar España, para lo cual Dios le tenía guardado y escogido»³⁴. Con tal fin, reunió a todos los cristianos que pudo en el sitio de Covadonga «y quitándoles con santas amonestaciones el miedo de los moros, que los tenía tristemente abatidos, les puso en los ánimos nuevo esfuerzo y confianza en Dios con deseo de su libertad». Tras hacer una minuciosa descripción de la cueva, fruto directo de su viaje, Morales afirma que fue en Covadonga «donde comenzó nuestro Señor con manifiestos milagros la restauración de España, y toda esta grandeza de religión y señorío que ahora tiene»³⁵. Pelayo se retiró a la cueva en el año 718 seguido de muchos cristianos, quienes le eligieron como rey alzándole sobre el escudo. A esto añadía nuestro cronista que

limpia y resplandeciente; toda Religiosa, toda Santa y puesta toda en alto celo de cristiandad...». *Ibid.*, vol. VI, p. 417.

³³ *Ibid.*, vol. VII, p. 4.

³⁴ *Ibid.*, vol. VII, p. 5.

³⁵ *Ibid.*, vol. VII, p. 6.

en ella había un ermitaño y que ya por entonces había «en la santa cueva una Iglesia de Nuestra Señora»³⁶. El carácter sagrado del lugar —y por tanto de la monarquía hispana— se reafirma con cuatro milagros que tuvieron lugar en Covadonga durante la batalla. El primero sería la aparición de una cruz en el cielo momento antes de la batalla y que Pelayo, cual nuevo Constantino, tomaría como estandarte. El segundo sería el hecho de que las saetas se volvieron contra los propios musulmanes que las arrojaban con una fuerza inusitada. El tercero fue la propia confusión sembrada entre los musulmanes, gracias a lo cual Pelayo —brazo ejecutor del castigo divino— pudo apresar a Oppas y matar a Alcama, al conde Julián, a Eba y Sisebuto —los hijos de Witiza— y a «124.000 alárabes». El último milagro fue el morir aplastados otros 63.000 musulmanes por el derrumbamiento del monte Auseva³⁷.

La *Corónica* de Ambrosio de Morales, como tantos otros proyectos historiográficos, quedó inconclusa. Sin embargo, su autor realizó un gran esfuerzo por dar coherencia a los relatos y noticias contradictorias que circulaban entre los diferentes cronistas acerca de la invasión musulmana y el inicio de la *restauración*. Para el cronista, funcionario de la Corona y enamorado de España, Covadonga fue el lugar sagrado en el que había comenzado la lucha contra los musulmanes y la batalla ocurrida en ella fue considerada como el momento fundacional de la monarquía en el que el pueblo cristiano inició la expiación de sus pecados y el camino que a la postre haría de España la gran potencia europea del siglo XVI.

Prudencio de Sandoval (1560-1620): un continuador

La misión de continuar la *Corónica* recayó sobre el zamorano, monje benedictino y obispo sucesivo de Tuy y Pamplona, Prudencio de Sandoval³⁸. Su interés por la historia fue tal que, en 1599, Felipe III le nombró cronista oficial por muerte de Garibay y le confirió la tarea de completar la *Crónica* de Morales. Tras quince años de desvelos y fatigas publicaría la tan deseada continuación bajo el título *Historia de los reyes de Castilla y León don Fernando el Magno, don Sancho, don Alfonso VI, doña Urraca*³⁹. Aunque

³⁶ *Ibid.*, vol. VII, p. 11.

³⁷ *Ibid.*, vol. VII, p. 19.

³⁸ SÁNCHEZ ALONSO, *op. cit.*, vol. II, p. 176.

³⁹ PRUDENCIO DE SANDOVAL, *Historia de los reyes de Castilla y León: don Fernando el Magno, primero de este nombre, infante de Navarra, don Sancho, que murió sobre Zamora, don Alonso Sexto de este nombre, doña Urraca, hija de don Alonso Sexto y don Alonso Séptimo, emperador de las Españas, sacada de los privilegios, libros antiguos, memorias, diarios, piedras y otras antiguallas, con la diligencia y cuidado que en esto pudo poner D. Fr prudencio de Sandoval, Obispo de Pamplona, dirigida al rey don Felipe*

el período cronológico que abarca Sandoval queda fuera del que me he fijado para hacer el estudio, me parece que merece algunos comentarios tanto por ser el último volumen del proyecto historiográfico iniciado por Ocampo como por las novedades interpretativas que en él incluyó.

Sandoval concibió lo que hoy denominamos Plena Edad Media como una época de guerra constante en la que de una u otra forma participaban todos los sectores de la sociedad y en la que la ganadería poseía una importancia fundamental:

«Pocos años pasaban en España en aquellos tiempos de su cautividad, en que no hubiese guerra, batallas, y correrías con que se abrasaba la tierra, y no había otra cosa, ni se trataba sino de armas y caballos, y en ellas criaban los hijos; y las mujeres por nobles que fuesen, en la labranza y crianza y gobierno de sus casas, para poder sustentar los maridos que iban a la guerra; y así hallo en los testamentos de Reynas, Condesas, y otras Señoras, que disponiendo de sus haciendas, la más principal que nombran es de ganados, vacas, cabras y ovejas»⁴⁰.

En este sentido, es muy significativo que nuestro autor tampoco denomine ni considere la guerra contra Al-Andalus como una «reconquista», sino como una restauración y como una continuada y violenta actividad guerrera⁴¹. El pensamiento de nuestro autor sobre qué es la restauración queda perfectamente definido cuando señalaba, a propósito de la traslación de los restos de san Isidoro a la ciudad de León, que por juicio oculto de Dios,

«... pereció toda la gente de los Godos [...] Y que volviendo sobre sí los Españoles, comenzó su reino a revivir, y como nueva planta a retoñecer, y salir de las raíces nuevos ramos, con la industria y valor de los Reyes, que gobernaban la tierra, porque fueron varones famosos en las armas y fuerzas, claros en los consejos, excelentes en la misericordia y justicia,

Nuestro Señor, Pamplona, Carlos Labayen, 1615. Utilizo la edición preparada por Benito CANO, Madrid, 1792.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 15.

⁴¹ «En 1077 volvió el rey, hechas las conquistas de Portugal [...] y porque los Moros no tuviesen descanso, ni atrevimiento de inquietar las tierras de Portugal, envió contra ellos parte de la gente de su ejército; y pasando al Duero, corrieron talando y robando las tierras de aquella comarca. [...] El rey combatió a Gormaz, y la entró y saqueó, y puso guarnición en ella; pasó adelante y ganó a Vado del Rey, Aguilera, Berlanga y otros pueblos de quella comarca en la ribera de san Iuste y santa María y Guarmeces. Derribó muchas atalayas que los moros tenían por allí para descubrir a los cristianos, si les corrían las tierras. Tomó otras fortalezas en el valle de Bargataras y Caracena hacia la parte de Medina-Coeli, que se habían hecho para recoger y guardar los ganados y labradores cuando sentían enemigos, y dismanteló los muros, echándolos por el suelo hasta los cimientos». SANDOVAL, *op. cit.*, pp. 16-17.

muy dados a la religión, y que renovaron las Sillas Episcopales, fundaron Monasterios dotándolos con ricos tesoros y libros, y finalmente en cuanto pudieron dilataron la gloria del nombre christiano. De cuya ilustre prosapia, y generación salió el varón clarísimo Fernando [I]...».

Nuevamente nos encontramos ante la idea según la cual la restauración, más que la conquista de las ciudades en manos musulmanas, consistió en la reconstrucción de la monarquía pero, sobre todo, en la reinstauración del cristianismo, la reestructuración de los obispados —es decir, la organización eclesiástica— y la fundación de nuevos monasterios. La importancia que el autor concedió a la restauración eclesiástica —mayor que la importancia dada a la ocupación militar del territorio— quedó reflejada en las palabras que el autor dedicó a la conquista de Toledo por Alfonso VI con la que se cerraba un ciclo abierto en el siglo VIII con la invasión musulmana. En este sentido, la conquista de la otrora capital visigoda era

«... una hazaña de las mayores que los christianos hicieron en la recuperación destes reynos. Y es cierto que fue la pérdida de Toledo la total ruina y acabamiento del Imperio de los Moros en España, por ser esta ciudad el corazón de toda ella en el asiento y fortaleza [...] Asentados y firmados [las capitulaciones, los musulmanes] abrieron las puertas de la ciudad Domingo día de san Urbano Papa y Mártir a 25 de Mayo era 1123, que es año 1085, habiendo 369 poco más o menos que los Moros la poseían»⁴².

Debe resaltarse como último elemento de la *Historia de los reyes de Castilla y León* el hecho de que Sandoval vislumbró con mucha claridad las diferencias que hubo en la situación de las ciudades conquistadas por Alfonso VI y la importancia que tuvo la repoblación como fenómeno social paralelo a la conquista militar. Así, sobre la primera cuestión, nos dice que los musulmanes entregaron Maqueda, Escalona y otras ciudades, «... no que se poblasen de Christianos —especifica Sandoval—, sino que los moros naturales destes lugares se hicieron vasallos y tributarios del rey don Alonso». Sobre el segundo aspecto nos informa de que por aquellos años estaban desiertas, «... o a lo menos con muy pocos moradores», Salamanca y Ávila, entre otras, y que «... el rey don Alonso los mandó poblar, encomendando las poblaciones a diversos caballeros...». Sandoval afirmaba también que, por falta de gente, hubo muchos otros lugares que no se lograron poblar tan rápidamente. La causa de ello era que «... los que vivían y tenían sus haciendas dentro en Castilla y las montañas, no querían vivir en tierras tan peligrosas, fronteras de enemigos»⁴³.

⁴² *Ibid.*, p. 228.

⁴³ *Ibid.*, p. 235.

Para Sandoval, pues, la restauración implicaba varios factores: primero, la conquista militar y la recuperación de las ciudades perdidas; segundo, la repoblación de las mismas con cristianos o la entrada en vasallaje de los moradores musulmanes; tercero, la reestructuración de la organización eclesiástica y las sedes episcopales; cuarto y principal, el restablecimiento del cristianismo en las ciudades que dejaban de pertenecer a Al-Andalus.

Esteban de Garibay (1533-1599): una excepción

De forma paralela y a la vez distante, el vizcaíno Esteban de Garibay escribió *Los cuarenta libros del compendio historial de las chronicas y universal historia de todos los reynos de España*, aparecido en Amberes en 1571⁴⁴, con el doble objetivo de obtener el cargo de cronista real y de sintetizar las noticias sobre los distintos territorios que conformaban la monarquía, pues, en efecto, hasta entonces tal proyecto no había cristalizado. Baltasar Cuart ha señalado la importancia que en la concepción histórica de Garibay tuvo el hecho de que el autor viviera en una época en la que los diversos reinos de la monarquía estuviesen dirigidos por un solo hombre. Ello, y su propia condición de vasco, le llevan a no identificar plenamente España con Castilla, reconociendo la importancia histórica tanto de los reinos cristianos orientales como de los reinos musulmanes⁴⁵. Novedad importante que se sumaría a la manera misma de yuxtaponer la historia de los reinos en cuarenta libros siguiendo un orden cronológico. Y si la obra no obtuvo el éxito deseado, pese a estar redactada en castellano y conseguir finalmente el cargo de cronista en 1592, fue debido a lo indigesto del propio texto y, podría decir, a su excesivo carácter erudito. La construcción de una historia de los reinos no necesitaba sólo de humanismo y datos verídicos, sino también de emotividad y sentimiento. No obstante esta carencia, la obra de Garibay contiene muchos rasgos originales y no sin razón Cuart la califica como de verdadera *Historia de España* que supera la producción cronística existente hasta ese momento⁴⁶.

A propósito de la invasión musulmana y los orígenes de la lucha en Asturias, *Los Cuarenta libros* reproducen la visión providencialista

⁴⁴ Esteban DE GARIBAY, *Los cuarenta libros del compendio historial de las chronicas y universal historia de todos los reynos de España*, 4 vols., Amberes, 1571. Utilizo la edición hecha en Barcelona, Sebastián Comellas Impresor, 1628.

⁴⁵ CUART, *op. cit.*, pp. 110-118.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 47. Cfr SÁNCHEZ ALONSO, *op. cit.*, quien considera que la obra de Garibay adolece de graves defectos heurísticos y refleja una «pobreza intelectual», vol. II, pp. 23-25.

del devenir histórico y la noción del pecado como causa de la ruina y destrucción de los godos⁴⁷. Como en estas cuestiones Garibay se apega al relato tradicional, no es necesario detenernos en ello. En lo que sí es importante insistir es en las novedades y en los rasgos originales de la obra de nuestro historiador.

El primero es la visión de conjunto que presenta de la historia de España. Ya en el prólogo anunciaba a Felipe II que esta obra tenía la misión de hacerle accesible el conocimiento de la historia de sus dominios, y por eso, y con el objetivo de alcanzar el apetecido cargo de cronista, apunta: «hice y ordené esta general y universal Crónica de España, reduciendo a honesta brevedad y compendio sus historias, escritas difusamente, y otras no bien entendidas, y algunas casi incógnitas, y muchas apócrifamente ordenadas»⁴⁸. Acorde con esta propuesta, la obra está estructurada en siete grandes apartados que abarcan la historia de los diversos reinos de la Península, incluyendo Portugal, el califato cordobés y la Granada islámica. Si bien en el desarrollo de cada una de las historias Garibay se cuida de no desprestigiar a ninguna, lo cierto es que este esquema mostraba por sí mismo la importancia que se le daba a la monarquía ovetense como la primera monarquía de España y el papel secundario que se concedía tanto a la historia de los territorios orientales como a la historia musulmana. Con todo, era ya gran mérito anunciar —y llevar a cabo— el estudio de estos reinos.

El segundo rasgo específico, y que no deja de ser sorprendente, es el hecho de que considera que Pelayo no era godo ni descendiente de los godos. Morales y Mariana —y con ellos toda la historiografía posterior— gastaron litros de tinta en demostrar los orígenes godos de Pelayo y de la monarquía hispana. Garibay rompe con este *tropo* pero no por «amigo de novedades» ni por un exaltado hipercriticismo, sino, más bien, como una forma de exaltar los orígenes netamente hispanos de la monarquía española; unos orígenes que se remontaban a Túbal y sus compañeros, los auténticos hispanos que después combatirían en las montañas asturianas contra romanos y visigodos, ambos invasores y extranjeros. Así, al presentar a Pelayo, nuestro vizcaíno dice de él que «... el Omnipotente Dios en su ira no olvidándose de la misericordia, quiso guardar a Pelayo como a una pequeña centella de la cual había de ser encendida la mayor parte del fuego de las reliquias de la nobleza de España para la futura restauración y conservación de nuestra santa fe». Y agrega enseguida que «... Pelayo no era Godo, ni a los reyes de España resaltaba ninguna gloria

⁴⁷ GARIBAY, *op. cit.*, vol. I, fs. 313-323. El autor opina que no ocurrió una migración masiva de los cristianos hacia el norte, sino que «España [...] quedó llena de Cristianos hechos vasallos de los Moros...». *Ibid.*, vol. I, f. 321.

⁴⁸ *Ibid.*, vol. I, f. 1.

por descender de los Godos, pues evidentemente era más noble y clara generación la de los mismos españoles, descendientes de Túbal, progenitor de los verdaderos españoles, que la de los godos extranjeros, poco había, tenido por bárbaros que andaban peregrinando por el mundo»⁴⁹. Estas palabras se entienden mejor si se toma en cuenta el esquema «invasionista» que se hallaba en formación y que mostraba, por una parte, la persistencia de los caracteres auténticamente hispanos a lo largo de las sucesivas invasiones y, por la otra, el hecho de que todos los invasores, desde los cartaginenses hasta los musulmanes, serían considerados como extranjeros, por más que hubiesen aportado algún elemento digno de memoria.

El tercer aspecto es la postura de considerar a Pelayo como un santo, idea que sería retomada en el siglo XVII, como más adelante veremos. Morales sólo atribuía la sacralidad a la cueva de Covadonga por haberse obrado en ella un milagro. Para Garibay, la santidad reside en el mismo Pelayo, de quien ya se sabe que es español. Así, Garibay escribe en el prólogo que el libro noveno «contendrá setenta capítulos en los cuales la historia dará noticia de los veintitrés reyes primeros que hubo en Oviedo y León, que son estos. El primero el Santo rey don Pelayo...»⁵⁰. Y más adelante, al hablar de la elección de monarca, diría que ésta se realizó en su persona por directa inspiración de la gracia divina «como a hombre de Dios enviado por rey de España...»⁵¹. Más allá de la propaganda política y de la búsqueda del favor filipino que traslucen estas líneas, creo que no puede dejar de establecerse un vínculo con la situación política del momento, en el que el protestantismo se extiende por Europa y en la que Felipe II es considerado por los publicistas como martillo de herejes y luz de Trento. Frente a la Europa protestante, España se definía como católica desde los mismos orígenes de la monarquía, y esta autodefinición se sustentaba en la relación que se establecía entre la persona destinada a ser el fundamento de España y la propia divinidad a través del vínculo de la santidad.

Un cuarto elemento es la idea formulada por Garibay según la cual los españoles luchaban contra los musulmanes por recuperar un territorio, elemento que no encontramos en ninguno de sus contemporáneos. Esta interpretación sorprende por su originalidad y parecería romper el esquema interpretativo que presento en esta investigación. Sin embargo, creo poder afirmar que tal originalidad se relaciona directamente con las concepciones históricas e historiográficas del propio vizcaíno. En efecto,

⁴⁹ *Ibid.*, vol. I, f. 325.

⁵⁰ *Ibid.*, vol. I, f. 23.

⁵¹ *Ibid.*, vol. I, f. 326.

si Garibay parte de las premisas de que los visigodos son extranjeros, de que Pelayo es hispano y de que los auténticos españoles se reúnen en Asturias, es lógico que emprendan una lucha no a favor de la restauración de la monarquía visigoda, sino a favor de la recuperación de España. Así, en su introducción señala que el libro octavo estaría destinado a narrar la historia de «los reinos que los Godos, Vándalos, Alanos y Suevos fundaron en España» y que el noveno contendría «la historia del rey don Fernando el Quinto [...] hasta que acabase de recuperar de poder de los moros el reyno y ciudad de Granada, [y] fue totalmente echado de los Reynos de España el dominio y señorío de los moros»⁵². No podrá escapar al lector el hecho de que Garibay no habla ni de la «pérdida de España» ni de la «restauración» de la misma, sino, simple y llanamente de conquista y recuperación, y que los godos se enumeran junto con los otros pueblos invasores de la Península.

La concreción de estas premisas historiográficas se halla en las páginas que el autor dedicó a la proclamación de Pelayo como monarca, donde supone que

«sin duda fue grande el contento y ánimo que las afligidas gentes de Asturias y Cantabria recibieron con su nuevo reino, viéndose con rey y señor que los acaudillase y de enemigos defendiese la tierra, y mantuviese la justicia en sus fueros y antiguas costumbres [...] lo mismo recibirían los afligidos cristianos que en las demás regiones y provincias de España quedaban por vasallos y tributarios del duro yugo y servidumbre de los moros sus enemigos, porque creían que algún tiempo permitiría Dios que mudando su azote en clemencia y misericordia, este bienaventurado rey o los otros que del procederían, recuperarían la tierra de poder de aquellos príncipes infieles, para que ellos o sus sucesores la gozasen con la antigua libertad de los reyes católicos y naturales, como en efecto sucedió así...»⁵³.

Sería difícil encontrar un párrafo más elocuente a este respecto: no se trata sólo de recuperar la plena soberanía sobre los territorios conquistados por los infieles, sino la tierra misma. En este sentido, las campañas de Alfonso I —«príncipe muy guerra y [que] ganó de moros muchas tierras»— ocupan un lugar fundamental en la historia del Reino de Oviedo, el cual «... fue el primer reino que tomó título real de Príncipes Cristianos, después que en España entraron los moros...»⁵⁴. De esta suerte, Garibay diría del monarca que

⁵² *Ibid.*, vol. I, f. 24.

⁵³ *Ibid.*, vol. I, f. 330.

⁵⁴ *Ibid.*, vol. I, f. 327.

«no sólo fue este rey muy católico, mas también belicosísimo, ganando de moros muchas tierras [...] y restituyó a algunas de ellas sus antiguas sillas obispales, adornando los templos de todas las cosas necesarias y competentes al culto divino, así de libros como de ornamentos y todo lo demás [...] Para hacer el rey don Alonso tan grandes conquistas, fue ayudado de la comodidad del tiempo, porque las tierras que cobró de poder de infieles, no estaban ni podían estar bien pobladas de Moros a causa de ser aun fresca su entrada en estos reinos...»⁵⁵.

Otro ejemplo de esta interpretación lo encontramos en los capítulos dedicados a la conquista de Toledo y a la guerra de Granada. En el primer caso, el autor concluye que ésa había sido «la mayor quiebra que recibieron los moros en España desde su entrada hasta este día, sucediendo su recuperación para mucha autoridad y aumento de los estados del rey don Alfonso y de los reyes de Castilla y León sus sucesores, y para amparo y extensión de las fuerzas del poderío cristiano y exaltación de nuestra Santa Fe»⁵⁶. En el caso granadino, el cronista apuntaba que la ceremonia de entrega de llaves de la ciudad el día de la Epifanía era el punto final de una larga lucha: «de esta manera hubo fin la católica y santa guerra de Granada, acabándose de conquistar y recuperar totalmente los reinos de España del dominio que de gentes mahometanas restaba, a cabo de setecientos y ochenta años, después que los Moros poseían sus tierras...»⁵⁷.

Me parece que la explicación de la originalidad de los términos empleados por Esteban de Garibay (*conquista y recuperación*) debe encontrarse, además de en las premisas hermenéuticas sobre el devenir de la monarquía hispana, en su propia condición de laico. Señalé más arriba que Ocampo, Morales, Sandoval y Mariana fueron hombres de Iglesia y que ello marcó la interpretación que hicieron del enfrentamiento contra los musulmanes. Garibay no es hombre de religión, sus lecturas —puede verse por las fuentes que utiliza— son más variadas, las figuras bíblicas menos recurrentes, la apología de la religión inexistente sin que ello eclipse el papel de la religión cristiana. Un laico no podía sino escribir una obra de carácter laico y terrenal y, por ello mismo, enfocar el conflicto contra Al-Andalus desde un punto de vista, más que religioso, territorial: se trataba de una lucha de los auténticos hispanos por recuperar España del poder de unos extranjeros. Habría que esperar hasta el último tercio del siglo XVIII para que esta interpretación fuera retomada en un nuevo contexto cultural e histórico y ya no sólo por laicos, sino también por hombres de Iglesia.

⁵⁵ *Ibid.*, vol. I, f. 342.

⁵⁶ *Ibid.*, vol. II, f. 38.

⁵⁷ *Ibid.*, vol. II, f. 675.

Una quinta novedad radica en el hecho de que por vez primera Garibay dedicó diversas páginas a narrar el origen de los movimientos de resistencia en los reinos de Navarra, Aragón y Principado de Cataluña, y en tal relato es posible encontrar numerosas similitudes con respecto a los orígenes del reino ovetense. De esta suerte, Garibay explica que Navarra es el primer territorio de la vertiente oriental al que dedica su atención porque la «real corona» de sus «esclarecidos y católicos reyes» era «tan antigua entre todas las de España que en estos es igual a la de Oviedo y León, y antecede con centenares de años a todas las demás...»⁵⁸, y justifica el hecho de haber escrito antes sobre Castilla por la razón de que su historia estaba íntimamente ligada a la del Reino de Oviedo. Al hacer esta explicación, Garibay parece querer evidenciar su objetividad y demostrar que no le movía ningún sentimiento procasticista.

Tras quejarse de la falta de noticias y de las contradicciones que encierra la historia sobre los orígenes del reino, nuestro autor reproduce el relato tradicional señalando diversos elementos comunes con el correspondiente a Asturias: la presencia de un ermitaño; la existencia de un lugar de carácter sagrado —en este caso una ermita— en medio de las montañas como escenario; la elección por proclamación de un antiguo miembro de la nobleza como rey —García Jiménez—⁵⁹; la idea de recuperar un territorio perdido como móvil de la lucha y la presencia de un signo de carácter divino —la cruz constantineana— durante el desarrollo de la primer contienda. Sin embargo, y a pesar de todos estos elementos comunes, Garibay se cuidaría de remarcar la primacía del movimiento asturiano, de tal forma que los habitantes del Pirineo se rebelarían siempre imitando a —o inspirados por— sus correligionarios de los reinos occidentales:

«Como después de grandes aflicciones y trabajos en las montañas y tierras fragosas de los Pirineos de Navarra y Aragón, entendiesen sus moradores y las demás gentes que por temor de los Moros se habían recogido a aquellas fraguras, que en las Asturias y otras provincias a ella circunvecinas habían alzado por su rey y caudillo a don Pelayo, y considerasen que por estar estas tierras arredradas y mucho desviadas de aquellas, no podían ser favorecidos del nuevo rey don Pelayo, ni ellos a él podían [favorecer] con la comodidad necesaria en las guerras, escriben que acordaron, a ejemplo de los otros, criar y alzar entre ellos rey y caudillo que los gobernase y en justicia mantuviese, y que no sólo los defendiese de los Moros, mas aun comenzase a recuperar lo perdido...»⁶⁰.

⁵⁸ *Ibid.*, vol. III, f. 1.

⁵⁹ Al estudiar los orígenes de García, Garibay encuentra que muchos autores le tienen por godo; esta circunstancia le lleva a insistir en su indigenismo. *Ibid.*, vol. III, f. 16.

⁶⁰ *Ibid.*, vol. III, f. 16.

Las campañas de recuperación territorial fueron seguidas de un proceso de repoblación, pues el monarca «... siempre entendía con grande y católica diligencia en levantar pueblos, edificar fortalezas y fundar casas de solares de muchos nobles hidalgos naturales y también extranjeros»; además, «se ocupaba en fabricar templos para el culto divino» de tal suerte que «amplió e hizo mayor la iglesia de San Juan Bautista que el santo varón había fundado...»⁶¹.

A partir de este punto el autor penetra en la historia de los avances carolingios sobre tierras hispanas. La historia de la conquista de Pamplona es uno de los asuntos que más le interesa, pero es también el tema con el que tiene mayores problemas para fechar y atribuir. Tras varias disquisiciones, concluiría que en el 809 Carlomagno vendría a España y que tal empresa se saldaría con la derrota en Roncesvalles en la que los navarros y los vascos tuvieron una importante participación. Antifrancés, Garibay no tuvo inconveniente en agregar que «... después, en venganza de esto, procuraron los franceses de hacer en España todo el mal y daño que les fue posible»⁶².

El esquema del relato que presenta Garibay sobre la historia de los reyes de Aragón es semejante a los anteriores. Los orígenes de la monarquía se remontan a la invasión musulmana y la lucha contra éstos fue la principal fuente de legitimación de la nueva dinastía, fundada por el conde Aznar. Aznar sería, para Garibay, hijo de Eudo —un noble de ascendencia visigoda casado con una noble de Guyena— y habría participado «... con Carlos Martel en muchas de sus hazañas, especialmente en la batalla de Tours [*sic*], donde derrotaron a un gran ejército musulmán»⁶³, hechos que posteriormente le harían merecedor del título real. Aunque en la actualidad sabemos que el título real no sería usado en Aragón sino hasta la segunda mitad del siglo XI, me parece importante resaltar el esfuerzo que realizó Garibay por dotar de legitimidad histórica a la monarquía aragonesa, retrotrayendo sus orígenes al siglo VIII y haciéndola contemporánea de las monarquías astur y navarra, aunque fuese primero en calidad de condado. De esta suerte, nuestro autor confería a todas las monarquías hispanas la misma antigüedad y la misma vía de legitimación: la guerra contra el islam. En este sentido, no sorprende que los sucesores de Aznar, fuesen «... con muchos deudos y allegados suyos a ayudar y servir al dicho rey don García Íñiguez en las guerras que hacía contra los moros» y conquistasen fortalezas y ciudades como Jaca⁶⁴.

⁶¹ *Ibid.*, vol. III, f. 17.

⁶² *Ibid.*, vol. III, f. 21.

⁶³ *Ibid.*, vol. IV, fs. 3 y ss.

⁶⁴ GARIBAY, *op. cit.*, vol. IV, f. 4.

En el relato sobre los orígenes aragoneses, el elemento que falta con respecto a los relatos de Asturias y Navarra es la elección del monarca por parte de la nobleza. Sin embargo, como la adquisición del título real se haría efectiva sólo con Sancho Ramírez (1063-1094), es evidente que Garibay no puede inventarse una elección y por ello subrayó el hecho de que este último monarca realizó una intensa labor de repoblación y de construcción de iglesias y monasterios, que murió combatiendo a los musulmanes y que fue enterrado en San Juan de la Peña, hecho que vinculaba a la nueva dinastía con el elemento de sacralidad encarnada por el monasterio⁶⁵.

El hecho de que Garibay consignara por vez primera los acontecimientos de los territorios catalanes en una historia general de España debe tenerse en cuenta a la hora de valorar el texto del vizcaíno, pues en este caso concreto se aprecia un mayor desconocimiento del tema: mezcla la fantasía con la historia, en la historia confunde personajes y épocas, y muestra cierta ignorancia sobre las fuentes y la cronología. El resultado es un discurso poco claro en el que es fácil encontrar el eco de las tradiciones y leyendas acuñadas en la Edad Media tardía —en particular las de Pere Tomich—⁶⁶ sin haber pasado por un proceso de crítica documental.

El interés que presenta esta historia para nuestro estudio radica en el hecho de que Garibay se ve forzado a tratar los aspectos de la dominación carolingia y ello resulta extremadamente útil para conocer la forma en que la presencia franca en el Pirineo fue interpretada por los historiadores hispanos del siglo XVI. En esta ocasión, la guerra contra los musulmanes no fue interpretada tampoco como una restauración, sino como una recuperación territorial cargada de cierta sacralidad. Así, por ejemplo, cuando Garibay se interesa por la etimología y el nombre de Cataluña, entre las hipótesis que maneja está la de que el nombre pueda venir de Otger Cataló, «... a quien llaman Cartalone, que en los tiempos de las entradas de los Moros en España, refieren, haber venido a la recuperación suya con gentes de Francia, y que del nombre de Cartalone fue llamada Cataluña...»⁶⁷.

⁶⁵ *Ibid.*, vol. IV, f. 10.

⁶⁶ Pere TOMICH, *Histories e conquestes dels excellentismes e catholicis reys d'Arago e de lurs antecessors los comtes de Barcelona*, reimposición facsimilar de la edición de 1534, Valencia, Anúbar, 1970.

⁶⁷ GARIBAY, *op. cit.*, vol. IV, f. 14. Sobre la génesis de la leyenda de Otger Cataló en la Baja Edad Media y su difusión en la historiografía de los siglos XVI y XVII véase Miquel COLL I ALLENTORN «La llegenda d'Otger Cataló i els nou barons», *Studis Romanics*, núm. 1, 1947-1948, pp. 1-48. Coll pone de relieve el hecho de que en la historiografía de los siglos XI y XII, y en especial en la *Gesta comitum Barcenionensium*, los cronistas consideraban como fundador de la dinastía a Guifré el Pelos y así se mantendría hasta el

En este párrafo parece que nuestro autor consideró el papel del mítico Otger Cataló y sus nueve barones —guerreros de origen ultrapirenaico que habrían venido antes de Carlomagno a luchar contra los musulmanes— como una colaboración en la lucha por la recuperación de España y, por tanto, ponía un límite a cualquier pretensión francesa de arrogarse la promoción de dicha gesta. No podía ser de otra forma, pues Otger era un franco —es decir, un extranjero— y, como tal, no podía recuperar nada, aunque su calidad de cristiano le permitiese participar en el proceso de recuperación. Tal proceso se inició, por tanto, a instancias de los propios cristianos catalanes, quienes, viendo ya alzados monarcas en Asturias y Navarra, pidieron el auxilio de Carlos Martell. Éste envió en su nombre a Otger «Cathaloz» y «juntándose muchos naturales de la misma región ganaron de moros algunas tierras de las fronteras, siendo las primeras que en Cataluña se recuperaron y quedando principiada esta santa guerra»⁶⁸.

Esta «santa guerra» fue continuada por Carlomagno y su hijo, quienes entraron numerosas veces en Cataluña. En este punto de la explicación histórica se ofreció a Garibay un problema fundamental: vincular la restauración con los propios hispanos. Para ello tejió un relato según el cual Wifredo el Velloso sería descendiente de un tal Wifredo desposado con una noble de la Corte carolingia y a la postre nombrado conde de Barcelona. A la muerte de su padre, Wifredo el Velloso sería reconocido como legítimo conde de Barcelona tras una serie de vicisitudes y Car-

siglo XVI. Por el contrario en 1418 y 1431 aparecieron, respectivamente, las dos primeras versiones escritas sobre la leyenda de Otger, las cuales, según el parecer del erudito catalán, procederían de un manuscrito latino hoy perdido (p. 8). El origen de la leyenda, según este mismo autor, estaría en las crónicas francas, que insistían en el dominio franco de la vertiente hispana del Pirineo. Por su parte, Ferran Vals i Taberner insiste en el hecho de que fue Pere Tomich quien, en 1438, dio forma definitiva a la leyenda y, siguiendo a Maso i Torrents, asegura que tuvo un origen nobiliario y que ello fue «... la manera de formular una explicació heroica dels inicis de la reconquesta del territori català, de fer los quelcom mes remots, situant-los en l'època precarolingia, de donar una rao etimològica del nom de Catalunya i d'assignar una alta ascendència a determinats llinatges». Ferran VALS I TABERNER, «Matisos d'Ilegenda», en *Matisos d'Historia i de Llegendes*, Zaragoza, Arxiu de la Biblioteca Ferrán Valls i Taberner, 1991, edición facsimilar de la de Barcelona, Balmes, 1932, pp. 45-68, esp. p. 60. Para García Cárcel, la leyenda de Otger Cataló es a la historia de Cataluña lo que la de Pelayo a Castilla; Ricardo GARCÍA CÁRCEL, *Felipe V y los españoles. Una visión periférica del problema de España*, Madrid, Plaza y Janés, 2002, p. 19. Para Flocel Sabaté, el mito de Otger fue acuñado por la nobleza catalana a fines del siglo XIV como parte de un proceso de autoafirmación y legitimación frente a los avances de la institución monárquica. En este sentido, la leyenda de Otger sería retomada cada vez que la alta nobleza catalana viera amenazados sus privilegios. Flocel SABATÉ, «Discursos de legitimidad política en la España Bajo Medieval», en *Gobernar en tiempos de crisis. Las quiebras dinásticas en el ámbito hispánico (1250-1808)*, Coloquio internacional celebrado en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid del 27 al 29 de marzo de 2006.

⁶⁸ GARIBAY, *op. cit.*, vol. IV, f. 14.

los el Gordo le haría la merced de renunciar «para él y sus sucesores y descendientes con perpetua donación el condado de Barcelona en el año de ochocientos ochenta y cuatro, reservando para los reyes de Francia sólo el dominio de las apelaciones». Wifredo el Velloso, primer conde propietario de Barcelona, volvió a su tierra acompañado «... de muchos caballeros con cuya ayuda cobró de poder de los moros las tierras» que éstos habían recuperado en los años anteriores. «Fue este conde Wifredo —concluye Garibay— muy buen caballero en armas y amigo de las religiones, por lo cual edificó para sepultura suya y de sus sucesores en el año de ochocientos y ochenta y ocho el monasterio de nuestra señora de Ripio, donde entró en religión su primogénito»⁶⁹. Contando de esta forma la historia de Wifredo, Gaibay reconocía que la legitimidad y la soberanía de los condes catalanes no derivaba exclusivamente del haber recuperado con su propio brazo las tierras catalanas, sino también de la propia delegación de soberanía realizada por los monarcas carolingios. Carlomagno, aunque franco, no dejaba de ser tenido como el monarca más prestigioso de los siglos medievales y este vínculo era suficiente para exaltar aún más la gesta de los cristianos catalanes.

El único elemento ausente de este relato respecto de los sucesos en los otros territorios es el relacionado con la legitimación mediante lo sagrado. A pesar de que Garibay define el conflicto como una «santa guerra», en el caso de los condes catalanes no hay victorias providenciales ni apariciones milagrosas de cruces ni santos ermitaños. Por ello mismo la fundación de Santa María de Ripoll adquiriría un papel tan importante en la memoria de los condes catalanes, pues era la única forma que tenían de vincularse a lo sagrado, pero desde lo terrenal y la dimensión histórica.

A pesar de todos los aportes históricos e historiográficos de Garibay, lo cierto es que su texto no llenaba ese vacío que faltaba en la historiografía hispana. La construcción histórica de la identidad colectiva «española» requería una pluma elocuente, brillante, ágil y, sobre todo, de una mente capaz de entender la historia de la monarquía no como una yuxtaposición de historias, sino como un gran torrente alimentado por diversos cauces. Tal misión estaría reservada a Juan de Mariana.

Juan de Mariana (1535-1624): la exaltación de un mito

Es de sobra conocida la importancia y el papel que desempeñó la *Historia general de España*⁷⁰ de Juan de Mariana en la construcción de

⁶⁹ *Ibid.*, vol. IV, fs. 16-19.

⁷⁰ Juan DE MARIANA, *Historia general de España*, 2 vols., Toledo, Impresor Pedro Rodríguez, 1601.

la identidad histórica de España y en la consolidación de los progresos de la historiografía hispana que se habían iniciado al finalizar el siglo xv. Recientemente Fernando Wulff⁷¹, Baltasar Cuart⁷² y Enrique García⁷³ han vuelto sobre la obra del sabio jesuita y han revalorado no sólo los aportes de la obra, sino también la intensa relación entre su biografía personal —profesor de la Compañía en Roma, Sicilia y París, y calificador en Toledo— su sólida formación intelectual de carácter humanístico, sus ideas políticas tendentes a la limitación del poder de la monarquía y su producción historiográfica, concebida como una ofrenda a la patria y un servicio a la monarquía. Álvarez Junco, por su parte, ha visto en el texto de Mariana «un semillero de orgullo colectivo» y «la historia de un linaje [...] una genealogía de hombres ilustres, una crónica de hechos de armas gloriosos de los antepasados familiares, que prueba la alta calidad de la sangre de sus descendientes actuales»⁷⁴.

Entre los factores implicados en la génesis del trabajo de Mariana hay tres elementos que nos permiten comprender mejor el proyecto y las concepciones historiográficas de nuestro docto jesuita. En primer lugar, los años que Mariana pasó enseñando en Roma y en París, donde se encontró con un gran desconocimiento de la historia de su patria en el extranjero⁷⁵; en segundo término, el hecho de que, en los años en que Mariana escribía, Felipe II hubiera obtenido la Corona portuguesa, pues ello convencía a Mariana de que la historia de los distintos reinos de la Península estaban destinados a juntarse en una sola monarquía y su *Historia* sería concebida en función de esta unión hispana, y, final-

⁷¹ WULFF, «Mariana y una historia para educar a un rey (y a una nación)», *op. cit.*, pp. 51-63.

⁷² CUART, *op. cit.*, pp. 119-124.

⁷³ Enrique GARCÍA, «La construcción de las historias de España en los siglos xvii y xviii», en Ricardo GARCÍA CÁRCCEL, *La construcción de las historias de España*, *op. cit.*, pp. 127-193.

⁷⁴ ÁLVAREZ JUNCO, *Máter Dolorosa...*, *op. cit.*, p. 57. García Cárcel sostiene que la historia de Mariana era «la culminación de la nacionalización de la memoria histórica» (*op. cit.*, p. 24), pero señala también que la obra «fue contemplada por sus coetáneos como demasiado autocrítica, no lo bastante beligerante en su patriotismo español. Y es que Mariana era así de indomesticable. Su nacionalismo español estaba fuera de toda duda, pero distinguí siempre entre nacionalismo y el poder de la monarquía que representaba a España... Nacionalismo, sí, pero con capacidad para la crítica»; GARCÍA CÁRCCEL, *Felipe V y los españoles...*, *op. cit.*, p. 25. SÁNCHEZ ALONSO afirma, por su parte, que el éxito de Mariana se debió a que trabajó sobre campo abonado con los frutos de Ocampo y Morales y que sólo se aplicó a «ordenar y embellecer la expresión»; *op. cit.*, vol. II, p. 171.

⁷⁵ Mariana diría en su dedicatoria castellana a Felipe III que escribía para «servir» y «adornar» la corona del monarca y movido por «el deseo que conocí, los años que peregriné fuera de España, en las naciones extrañas, de entender las cosas de la nuestra, los principios y medios por donde se encaminó a la grandeza que hoy tiene». MARIANA, *op. cit.*, vol. I, f. 1.

mente, el avance del protestantismo en Europa y la implantación de las disposiciones del Concilio de Trento, pues ello llevaría a Mariana a exaltar la labor que, como defensora de la verdadera religión, España había desempeñado a lo largo de los siglos, convirtiendo primero a los godos al catolicismo, defendiendo luego el cristianismo de la inundación de la «canalla» sarracena y expandiendo finalmente la luz de la verdadera fe por el Nuevo Mundo.

A pesar de esta visión optimista de los destinos de la monarquía, lo cierto era que Mariana era testigo de una gran crisis política y religiosa, por lo que su obra nació también con el interés de mostrar la forma en que los pecados podían conducir a un pueblo a las más espantosas desgracias. Mariana parte del principio ciceroniano de que la historia es maestra de la vida y, por tanto, escribía su historia para que sus compatriotas, con el rey a la cabeza, tomaran ejemplo de los tiempos pasados y pudieran aplicar las experiencias anteriores a las nuevas situaciones. Prueba de este espíritu docente y de la inquietud por llegar al mayor número de lectores posibles era el hecho mismo de haber vertido al castellano su voluminosa obra.

En cuanto a las concepciones historiográficas del autor, debemos señalar, al menos, cinco elementos. El primero es su visión providencialista de la historia, por lo que el cristianismo se convierte, en el relato del jesuita, en el eje articulador del devenir histórico y prueba de ello es que la obra comienza con la venida del rey Túbal, estableciendo así un origen bíblico para los moradores de la Península en una fecha inmediatamente posterior al Diluvio. Esta fundación religiosa —sagrada— de España se corroboraría andando los siglos con la implantación del cristianismo por parte de los visigodos y con la unificación religiosa en tiempo de los Reyes Católicos. El segundo elemento es la idea de que España ha existido siempre como una tierra fértil y rica que ha sido codiciada por diversos pueblos a lo largo de la historia, entre ellos los musulmanes. En este sentido, es significativo el hecho de que el texto se inicie también con un «*laudus hispaniae*» que recrea —por no decir copia— el célebre texto de Isidoro⁷⁶. El tercer elemento es una clara conciencia sobre la identidad de España, identidad que se refleja en un exacto conocimiento de su orografía, de sus límites geográficos naturales y de los distintos territorios que la conforman, constituyendo una unidad⁷⁷. Un cuarto elemento a resaltar, producto directo de la identidad propia del territorio, es la existencia de

⁷⁶ *Ibid.*, vol. I, f. 8.

⁷⁷ «... la una y otra parte de España (Ulterior y Citerior) sin duda en este tiempo tienen nuevos y muchos nombres, los cuales reducir a cierto número es dificultoso, si bien se pueden todos comprender debajo de cinco nombres de reynos, los cuales resultaron y se levantaron como eran echados de España los Moros...». *Ibid.*, vol. I, f. 8.

un carácter particular de los españoles que los distingue de sus vecinos franceses y africanos; este carácter, marcado por el valor, la fiereza, la religiosidad y el amor a las letras y las artes, permanecería indeleble hasta su época. El último factor es la forma en que Mariana concibió la historia española: una sucesión de invasores desde los fenicios hasta los musulmanes en la que los pueblos invasores fueron contagiados por el espíritu hispano que permaneció vivo a pesar de los años de sojuzgamiento. Vencidos los últimos invasores, España se convertiría en defensora y propagadora de los valores cristianos y en una poderosa nación.

Las novedades del discurso de Mariana con respecto al relato tradicional sobre los acontecimientos del siglo VIII son fundamentalmente de dos tipos: informativas y estilísticas. En el primer caso, se trataba de conceder una lógica al discurso con el cual anudar las informaciones dispersas y contradictorias que circulaban en las obras de los distintos autores. Para ello, Mariana incorporó diversas noticias y sucesos, muchos de ellos falsos, con los que llenó los vacíos informativos. En este mismo sentido, debe subrayarse la inclusión de las historias de los reinos orientales de la Península pero desde una óptica plenamente casticista. En el segundo caso, asistimos a un aumento de los tintes dramáticos del relato que hace que el lector —al que se presupone hispano— se sienta plenamente identificado con la historia que se cuenta, que no es otra que la historia de los ancestros. Este dramatismo se sirve de la retórica y de los modelos de la historiografía clásica para poner en boca de sus personajes discursos cargados de emotividad, anunciando con ello la retórica barroca del siglo XVII. Ambos elementos pueden ejemplificarse con tres momentos precisos: los últimos años del reino visigodo, la batalla de Guadalete y la batalla de Covadonga.

Las novedades que presenta el discurso de Mariana a propósito de la caída de la monarquía visigoda consisten en que el autor remonta los orígenes de la debacle a la época de Chindasvinto y Wamba como consecuencia de la pugnas internas⁷⁸. Ello le daría pie para presentar una contraposición de los linajes godos e insistir tanto en el juego de imágenes como en la visión providencialista, resaltando la continuidad del linaje real inaugurado por Pelayo:

«Pelayo, bien diferente en costumbres de su primo [Rodrigo], pues por su esfuerzo y valor, comenzaron adelante a alzar cabeza las cosas de los cristianos en España, abatidas de todo punto, y destruídas por la locura de don Rodrigo. De don Pelayo traen su descendencia los reyes de España, sin jamás cortarse la línea de su alcurnia real, hasta nuestro

⁷⁸ *Ibid.*, vol. I, f. 392.

tiempo, antes siempre han heredado los hijos las coronas de sus padres, o los hermanos de sus hermanos, que es cosa muy de notar»⁷⁹.

El asunto de la violación de la hija de Julián, «moza de extrema hermosura», adquirió también nuevos tintes, pues sería Mariana el encargado de introducir o desarrollar nuevos elementos en el discurso, como la carta escrita por Florinda a su padre, dando coherencia y dramatismo al relato e insistiendo con ello en la gravedad del pecado de la lujuria y en el hecho de que era la causa que había precipitado la ruina de España⁸⁰. A ello se sumaría la apertura de las puertas del palacio encantado de Toledo⁸¹, con lo que se cerraba el círculo de pecado-castigo-redención de la visión providencialista y, así, los godos, aunque cristianos, serían castigados por los musulmanes.

Por lo que respecta a la batalla de Guadalete, lo más importante es la tónica del discurso que evidencia el hecho de que con dicha batalla se cerró una época de la historia de España. Es por ello que el relato del último día de la contienda —en que los godos deseaban luchar ardentemente «por vengarse, por su patria, hijos, mujeres y libertad»— se abría con una arenga de Rodrigo, quien presentó el combate contra los invasores como una lucha por defender a las mujeres y a los niños pero, ante todo, como una batalla por defender la libertad, la patria y la religión⁸². El esquema de nuestro historiador es evidente: los godos habían liberado a España de la esclavitud romana, habían dotado a la provincia de una identidad común y habían implantado la verdadera religión; los musulmanes destruyeron todo esto en un solo día como ejecutores del castigo divino y, por tanto, la misión de los españoles, con el monarca a la cabeza, era restaurar estos dos elementos —la libertad y la religión—, sujetar a los nuevos invasores y extender los dominios de España por el mundo⁸³.

⁷⁹ *Ibid.*, vol. I, f. 392.

⁸⁰ *Ibid.*, vol. I, fs. 395-396. La primera noticia que existe sobre la carta se encuentra en la obra de Pedro del Corral y posteriormente aparece en el texto de Miguel de Luna, aunque no puede saberse de qué escritor la tomó Mariana.

⁸¹ *Ibid.*, vol. I, fs. 396-397.

⁸² *Ibid.*, vol. I, fs. 400-401.

⁸³ «Cayó pues el reino y gente de los Godos, no sin providencia y consejo del cielo, como a mi me parece, para que después de tal castigo, de las cenizas, y de la sepultura de aquella gente, naciese y se levantase una nueva y santa España, de mayores fuerzas y señorío que antes era: refugio en este tiempo, amparo y columna de la religión Católica. La cual compuesta de todas sus partes, y como de sus miembros, terminase su muy ancho imperio, y le extendiese, como hoy lo vemos, hasta los últimos fines del levante, y poniente. Porque en el mismo tiempo que esto se escribía en latín, don Phelippe segundo, rey católico de España, vencidos por dos y más veces en batalla los rebeldes, juntó con los demás estados el reyno de Portugal, con atadura, como lo esperamos, dichosa y perpetua.

Dentro de este esquema histórico de sucesivas invasiones, la lucha iniciada contra el último de los invasores debía ser presentada como una nueva época histórica y es por ello que Juan de Mariana consagró el libro séptimo a dar idea de la grandeza de esta gloriosa epopeya. Las líneas argumentativas son las mismas que las elaboradas por Ambrosio de Morales, particularmente en lo tocante al hecho de que la lucha contra los musulmanes tenía como objetivo fundamental recuperar la libertad del pueblo cristiano⁸⁴; sin embargo, Mariana se encargó de llenar los vacíos informativos y de dotar de contenidos simbólicos a unos hechos de sobra conocidos, logrando con ello exaltar la figura de Pelayo y los sucesos de Covadonga hasta alturas insospechadas.

Tomadas en conjunto, las páginas que contienen la proclamación de Pelayo como monarca y el suceso de Covadonga encierran diversas particularidades. En primer lugar, la existencia misma de un discurso con motivo de la proclamación y con motivo de la respuesta que Pelayo ofreció a Oppas⁸⁵. En segundo término, la idea según la cual la guerra se libraba a favor de los niños y las mujeres, los débiles del pueblo. En tercero, el planteamiento de que las tierras asturianas eran demasiado pobres y áridas para sostener a un número tan grande de refugiados y, por tanto, las tierras más feraces estaban en poder de los musulmanes y, en consecuencia, había que conquistarlas. En cuarto lugar, Mariana plantea la elección de Pelayo como rey de España antes de la batalla de Covadonga, con todas las implicaciones que ello tenía, pues dicha elección subrayaba la continuidad de la monarquía y desconocía otras posibles designaciones que se hubieran hecho en otros lugares de la Península; debido a lo cual el movimiento de Pelayo era el único legítimo y a él debían unirse todos los demás cristianos que pretendieran sacudirse el yugo islámico, dando a entender que aragoneses, navarros y catalanes reconocían, desde entonces, la supremacía de Asturias y de los reinos que le sucedieron, léase Castilla. En quinto lugar, destaca la pacífica alianza entre godos y astures, otrora enemigos irreconciliables, en aras de defender a la patria y acabar con un enemigo común; con ello Mariana hacía explícita la idea de que en esta alianza, los godos, aunque pobres y miserables, ofrecían la nobleza de su sangre y su linaje, mientras que los

Con quien esta anchísima provincia de España, reducida después de tanto tiempo, debajo un cetro y señorío, comienza a poner muy a mayor espanto que solía, a los malos y a los enemigos de Christo». *Ibid.*, vol. I, f. 414.

⁸⁴ «Las reliquias de los Godos que escaparon de aquel miserable naufragio de España, y reducidos en las Asturias, Galicia y Vizcaya, tenían más confianza en la aspereza de aquellas fraguras de montes, que en las fuerzas, tuvieron lugar para tratar entre sí como podían recuperar su antigua libertad». *Ibid.*, vol. I, f. 414. El argumento se repite en numerosas ocasiones: fs. 415-422 y 482-483.

⁸⁵ *Ibid.*, vol. I, fs. 418-422.

astures acudían con su antiguo valor y arrojo. Por último, no dejamos de señalar la forma teatral en la que Mariana concibió la proclamación de la rebelión, como un acto en el que a un gesto del caudillo, los miembros de la república deciden proclamar su independencia y luchar con su vida para guardarla de todos los peligros.

En el relato sobre los acontecimientos ocurridos en los Pirineos, Mariana se muestra profundamente antifrancés y hace de las incursiones carolingias expediciones poco afortunadas en las que el emperador sería derrotado en dos ocasiones por «los nuestros»⁸⁶. Con ello dejaba asentada la idea de que el mérito del inicio de la restauración correspondía solamente a Pelayo y que, por tanto, las glorias y triunfos logrados en esta empresa —y el honroso título de «restauradores de España»— pertenecían sólo a los españoles. Por otra parte, los relatos sobre los orígenes de Navarra siguen íntegramente la versión ofrecida por Garibay⁸⁷, pero el sabio jesuita recalca el hecho de que estos movimientos se hicieron a imitación del de Pelayo, insistiendo con ello en la primacía asturiana⁸⁸. Por su parte, los orígenes de Aragón y del condado de Barcelona se resumían en unas pocas líneas sin que se hiciera mención a grandes batallas o milagros⁸⁹. Esta interpretación tenía consecuencias claras a la hora de definir la participación de los diferentes reinos en el conjunto de la monarquía y de legitimar los orígenes y la antigüedad de los territorios: al único reino que correspondía la dignidad de ser el iniciador de la restauración era a Asturias y, por consiguiente, a Castilla.

Una obra completa y cerrada como la de Mariana amerita una excepción con el fin de analizar los comentarios que nuestro autor realizó a propósito de la conquista de Granada en tiempo de los Reyes Católicos. Al hablar de los inicios de la contienda, Mariana dice que su final fue un hecho «... alegre y dichoso para España y para todo el orbe cristiano.

⁸⁶ *Ibid.*, vol. I, fs. 449-452.

⁸⁷ *Ibid.*, vol. I, fs. 482-483.

⁸⁸ «Las reliquias de los españoles que escaparon de aquél fuego y de aquél naufragio común y miserable, echadas de sus moradas antiguas, parte se recogieron a las Asturias, de que resulto el reino de León [...] Otra parte se encerró en los montes Pirineos, en sus cumbres, y aspereza, do[nde] moran y tienen su asiento los vizcaínos y Navarros [...] Estos, confiados en la fortaleza y fragua de aquellos lugares, no sólo defendieron su libertad, sino trataron y acometieron de ayudar a lo demás de España [...] Convidábase el ejemplo de los Asturianos, los cuales con tomar al infante don Pelayo por rey y por caudillo, no habían temido de tratar como ayudarían a la patria, ni de irritar las armas de los moros». *Ibid.*, vol. I, f. 483.

⁸⁹ Las líneas dedicadas a Cataluña son escuetas: «Ganose Barcelona por las armas de Ludovico Pío, que delante fue emperador, y a la sazón era viudo Carlomagno su padre. Dejó por gobernador de aquella ciudad a Bernardo, de nación francés, el año de ochocientos y uno. De aquí tuvo principio el señorío de Barcelona, y los condes que en aquella parte de España alcanzaron gran poder...». *Ibid.*, vol. I, f. 484.

Pues de esta manera cayó por tierra de todo punto el reino de los moros, que en aquellas partes se había conservado por más de setecientos años, grande mengua y afrenta de nuestra nación»⁹⁰. Tras ello, insistía en el hecho de que habían sido los pecados de «nuestra nación» los que habían motivado el castigo divino, quien derramó y esparció a los musulmanes sobre España, y sólo cuando esos pecados fueron redimidos y observados de nuevo el orden y la religión, Dios manifestó su contentamiento: «Así se vio en este tiempo —asegura Mariana—, ordenado que se hubo el Santo Oficio de la Inquisición en España, y luego que los magistrados cobraron la debida fuerza y autoridad, sin la cual a la sazón estaban, para castigar los insultos, robos y muertes, al momento resplandeció una nueva luz, y con el favor divino, las fuerzas de nuestra nación fueron bastantes para desarraigar y abatir el poder de los moros»⁹¹.

Tras diez años de lucha, los ejércitos cristianos entraron en Granada en una ceremonia hartamente conocida. La ceremonia de entrega de la ciudad adquiere en el relato de Mariana un marcado carácter simbólico que permitía subrayar la unidad del período «medieval» español: mientras que la invasión del siglo VIII había destruido las iglesias «de toda España», en 1492 el cardenal Mendoza coronó las Torres Bermejas de la Alhambra con la cruz. Por otra parte, mientras que en el relato de la derrota de Guadalete se indica que Rodrigo pereció sin que se supieran dónde quedaron su caballo y sus armas, de Fernando se dice, por el contrario, que asistió a la ceremonia vestido con toda la pompa real que se podía esperar y que montó sobre un caballo, desde donde impidió a Boabdil descender y rendirle homenaje. En tercer lugar, Mariana consideraba que la invasión musulmana había significado una deshonra y una servidumbre para los cristianos, de suerte tal que el día de la toma de Granada se liberaron quinientos cautivos. El gesto no sólo implicaba la liberación física de las personas, sino que simbolizaba el fin del yugo de España entera. Las palabras finales del capítulo son hartamente representativas tanto del pensamiento de Mariana como de la forma en que a fines del siglo XVI se apreciaba acontecimiento tan importante en la historia española:

«Con la entrada de los reyes en Granada, y quedar apoderados de aquella ciudad de los moros por voluntad de Dios, dichosamente y para siempre, se sujetaron en aquella parte de España al señorío de los cristianos [...] El cual día [...] así bien por esta nueva victoria, no menos fue saludable, dichoso y alegre para toda España, que para los moros aciago, pues con desarraigar en él y derribar la impiedad, la mengua pasada de nuestra nación y sus daños se repararon y no peque-

⁹⁰ *Ibid.*, vol. II, f. 606.

⁹¹ *Ibid.*, vol. II, f. 608.

ña parte de España se halló a lo demás del pueblo christiano, y recibió el gobierno y leyes que le fueron dadas, alegría grande de que participaron así mismo las naciones de la cristiandad. [...] Por conclusión, que toda España, con esta victoria, quedaba por Cristo Nuestro Señor, cuya era antes. Las ciudades y provincias, así las comarcas, como las que cayan lejos, festejaban esta nueva con regocijos, juegos e invenciones. Así hombres como mujeres, de cualquier edad o calidad que fuesen, acudían en procesión a los templos y postrados delante de los altares, daban gracias a Dios por merced tan señalada...»⁹².

Las historias regionales del siglo XVI: entre la originalidad y la imitación

Frente a los grandes proyectos historiográficos que acabamos de analizar, surgieron obras de carácter regional o local que también sirvieron para exaltar las gestas del terruño y, sobre todo, para construir una identidad histórica particular⁹³. La producción que estudiaré es desigual y tiene como denominador común el haber sido escrita «desde la periferia», es decir, desde puntos distantes a Madrid. Ello es lo que me lleva a incluir en el mismo apartado obras de segunda línea, como las de Tirso de Avilés y Miguel de Luna, y otras de trascendencia historiográfica indiscutible, como las de Jerónimo de Zurita o Francisco Diago. En cualquier caso, lo importante es mostrar el hecho de que las historias escritas desde la periferia castellana buscaron sumarse al modelo restauracionista de Morales, Garibay y Mariana, mientras que las historias redactadas en la Corona de Aragón tuvieron como objetivo construir un discurso propio cuando no opuesto al esquema casticista⁹⁴.

Tirso de Avilés (1517-1599): el Reino de Asturias

El asturiano y canónigo de la catedral de Oviedo, Tirso de Avilés, escribió en el segundo tercio del siglo XVI dos obras de carácter histórico y apologético que no vieron la luz de la imprenta sino hasta el siglo XX bajo el título *Armas y linajes de Asturias y antigüedades del principa-*

⁹² *Ibid.*, vol. II, f. 672.

⁹³ GARCÍA CÁRCEL, *Felipe V y los españoles...*, *op. cit.*, p. 10.

⁹⁴ Eduardo MANZANO, «La construcción histórica del pasado nacional», en PÉREZ GARZÓN (coord.), *op. cit.*, pp. 33-62, esp. p. 51.

do⁹⁵. Con ellas, Avilés pretendía exaltar la tierra, los monumentos y las familias asturianas, mostrando su antigüedad y describiendo los blasones que éstas ostentaban. A ello le movía no sólo su pertenencia a las capas secundarias de la nobleza local, sino también el hecho de que la historia de Asturias se hubiera escrito de forma superficial: «... no siendo menos digna de loor que cualquiera otra provincia, así por su grande antigüedad, como por haber sido en ella el principio de la Restauración de España y nobleza de la más de ella...»⁹⁶.

El primero de los textos estaba dedicado a la historia nobiliaria y, puesto a llevar los orígenes tan lejos como podía, Avilés señalaba que la provincia había sido poblada «por aquellos que después de la guerra de Troya se perdieron en el mar»⁹⁷, uniendo los orígenes de Asturias a la antigüedad clásica y comparando, sin decirlo, los orígenes del principado con los de Roma en una adaptación del argumento de la *Eneida*. Asimismo, el autor remontaba el origen de la nobleza asturiana al siglo VIII, de tal suerte que dedicó algunos párrafos a explicar «como esta provincia fue comienzo del bien de la reparación de la fe cristiana y del señorío de España»⁹⁸ y varias páginas a repetir el relato tradicional sobre la gesta de Covadonga, cambiando únicamente el nombre de la hermana de Pelayo de «Ormesinda» por el de «Laurencia» e insistiendo en la participación directa de Dios en el suceso y en la continuidad de la monarquía⁹⁹.

En el segundo texto, dedicado a narrar las antigüedades de la provincia, Avilés retomaba el asunto de la invasión musulmana y reinterpretaba los sucesos insistiendo en la clave providencialista, pero añadía el elemento de la lucha territorial. Ello puede explicarse por el hecho de que su condición de noble le hacía apreciar más el valor de la tierra —a cuyo mayorazgo renunció expresamente— que el de la religión, a lo que su condición de clérigo le habría llevado más fácilmente¹⁰⁰.

⁹⁵ Tirso DE AVILÉS, *Armas y linajes de Asturias y antigüedades del principado*, presentación y anexos de José M. GÓMEZ-TABANERA, Oviedo, Grupo Editorial Asturiano, 1991. Los textos fueron publicados por vez primera de forma conjunta en 1956 a partir de un manuscrito original existente en la Biblioteca Nacional de Madrid. Según el propio Gómez-Tabanera, los manuscritos fueron redactados entre 1578 y 1599. Agradezco a Jesús González Calle el haberme puesto al tanto de la existencia de la obra de Avilés.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 18.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 19.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 24.

¹⁰⁰ «Es la cueva Longa [...], donde fue el comienzo de la restauración de España, que por los pecados de los que mandaban y por la maldad de muchos, fue toda miserablemente traída al señorío de los árabes [...] parece que por discurso de tiempo permitió Dios que los mismos africanos viniesen a vengar a los romanos y a castigar a los godos, y a tomarles las tierras que ellos habían quitado a los dichos romanos, los cuales con gran baldón de la re-

Miguel de Luna (ca. 1545-1615): una perspectiva granadina y morisca

En la última década del siglo XVI, el médico granadino Miguel de Luna dio a la luz de la imprenta una obra titulada *La verdadera historia del rey don Rodrigo*, reeditada en numerosas ocasiones¹⁰¹. Luna, proveniente de una familia morisca y traductor oficial de Felipe II, hizo pasar el texto como traducción de una obra antigua escrita por un tal Abul Casim Aben Taric, quien supuestamente había participado en la conquista de la Península¹⁰². El escrito, sin embargo, es a todas luces apócrifo y ello se observa no sólo en el hecho de que el autor reproduce en parte el esquema general del relato de la «pérdida y restauración de España», sino también por el lenguaje empleado¹⁰³.

Las intenciones del autor al hacer pasar este texto como una traducción eran, según Márquez Villanueva, dos: por una parte, realizar «una crónica general del mundo islámico que involucra[ara] a España con los sucesos de Arabia, Túnez y Marruecos», y, por otra, revalorar la herencia islámica y cultural de los moriscos granadinos, presentando a los musulmanes de forma positiva y ofreciendo un oscuro retrato de los monarcas visigodos¹⁰⁴. Es por ello que el relato resulta interesantísimo para nuestro estudio, pues con la intención de resaltar los aspectos negativos de la nobleza visigoda, Luna alteró de forma sustancial el relato sobre los acontecimientos del siglo VIII, que se presentan no sólo como una «pérdida de España», sino como la destrucción de una monarquía corrompida.

ligión cristiana poseyeron, si no todos, a lo menos buena parte hasta que en la memoria de nuestros pasados el católico rey don Fernando las acabó de sujetar...». *Ibid.*, pp. 165-166.

¹⁰¹ Miguel DE LUNA, *La verdadera historia del rey don Rodrigo en la cual se trata de la causa principal de la pérdida de España y la conquista que de ella hizo Miramamolín Almanzor, rey que del África y de las Arabias y vida del rey Jacob Almanzor compuesta por el sabio alcalde Abulcacim Tarif Abentarique, de nación árabe y natural de la Arabia petra. Nuevamente traducida de la lengua árabe por Miguel de Luna*, Zaragoza, Ángel Tavano, 1603 [Granada, 1592]. Existe edición moderna: Miguel DE LUNA, *Historia verdadera del rey don Rodrigo*, estudio preliminar de Luis F. BERNABÉ, Granada, Universidad de Granada, 2001.

¹⁰² *Ibid.*, f. 1 v.

¹⁰³ José Antonio CONDÉ, en su *Historia de la dominación de los árabes en España*, vol. I, Madrid, Imprenta que fue de García, 1820-1821, p. X, había señalado la falsedad del texto, denuncia a la que se sumaron MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, vol. II, p. 106, y Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *op. cit.*, vol. II, p. 48.

¹⁰⁴ Francisco MÁRQUEZ VILLANUEVA, «Voluntad de leyenda: Miguel de Luna», *Nueva Revista de Filología Hispana*, núm. XXX, 1981 (2), pp. 360-395, esp. p. 369. El autor sostiene que el texto pertenece más al ámbito de la novela morisca que a la historiografía (p. 391).

Harto reveladora resulta la dedicatoria al rey escrita por el autor, donde señala que sacó a la luz esta historia tan «deseada por todos los españoles», la cual

«trata de los rencuentros que tuvo el rey don Rodrigo y otros capitanes suyos con Tarif Abenciet capitán del rey Almanzor, juntamente con otras cosas dignas de memoria, por las cuales parece muy claro el grande esfuerzo y valor de los españoles, hasta el infante don Pelayo, primer Rey que comenzó a recuperar y restaurar la perdida España como sucesor y legítimo heredero por línea recta de varón de los reyes godos, según lo tiene averiguado el autor de esta historia, de todo lo cual carecen las nuestras hasta hoy»¹⁰⁵.

A diferencia de la mayoría de los cronistas generales que prefieren utilizar el término *cristiano*, Luna se decanta por el término *español* para hacer referencia a los habitantes de la Península y utiliza el término *recuperación* —los censores emplean «restauración»— para hacer referencia a la lucha contra los musulmanes, de cuya cultura el autor se siente heredero. Quizás el propio problema morisco y la situación particular de Luna le llevaban a asumirse plenamente como vasallo de su majestad —es decir, español— y no sólo como cristiano¹⁰⁶.

Las novedades presentadas por Miguel de Luna con respecto al relato tradicional son las siguientes: afirma, en primer término, que Rodrigo poseía el reino en paz pero que legítimamente pertenecía a su sobrino don Sancho, un menor de edad. Rodrigo, que deseaba para sí el reino, intentó primero matar al infante atrayéndolo a una fiesta y, como no pudo lograr su propósito, lo hizo apresar en Córdoba con cargos falsos. La reina madre, Anagilda, rescató al príncipe y se fue a Tánger, donde ambos murieron de pena. Al morir, Rodrigo se hizo proclamar en Toledo rey legítimo por un concilio¹⁰⁷. En segundo término, se señala que mientras don Sancho viajaba a África, Rodrigo envió al conde Julián, «señor de las Algeciras», con una embajada a los moros para evitar la guerra, pues era consciente de que los musulmanes podían conquistar España. Como tercer punto, el autor hace recaer en Rodrigo todas las malas acciones que la tradición atribuía a Witiza —como la destrucción de murallas y fortalezas, al tiempo que le acusa de lascivia y lujuria desenfrenada—¹⁰⁸.

¹⁰⁵ LUNA, *op. cit.*, fs. II r-v.

¹⁰⁶ Luna termina así la dedicatoria al rey: «Reciba pues V.M. este pequeño servicio, como cosa que le pertenece debajo de su protección y amparo [...] y Dios guarde a V.M. con aumento de más reinos, como sus fieles y leales vasallos deseamos, y la cristiandad ha menester». *Ibid.*, f. II v.

¹⁰⁷ *Ibid.*, caps. I y II, fs. 5 r-9 v.

¹⁰⁸ *Ibid.*, fs. 9 v-10 v.

En cuarto lugar, el autor introduce un nuevo personaje que garantiza la legítima posesión del norte de África por los musulmanes. De esta suerte, Luna cuenta que una hija del gobernador musulmán de África, llamada Zahra Abnalycaya, se recreaba en las costas de África, y subió a un barco que llegó a las costas de España debido a una tormenta, por lo que ella y su séquito fueron conducidos ante Rodrigo, quien se prendó de ella y le ofreció que si se hacía cristiana la tomaría por esposa y así sucedió. El padre de la doncella murió al conocer la noticia, de tal suerte que Miramolin Almanzor, rey de las Arabias, heredó el reino¹⁰⁹.

A partir de aquí el relato retoma el esquema tradicional que se desarrolla en capítulos sucesivos. El capítulo cuarto, «Trata de los amores del rey don Rodrigo con su dama Florinda, llamada de los árabes por mal nombre la Caba y como siendo forzada escribe a su padre una carta a África avisándole de su desgracia»¹¹⁰. Ésta fue la primera vez en la historiografía moderna que se introdujo el texto de la supuesta carta de la Cava, a quien también por vez primera se le da el nombre de Florinda¹¹¹. Su destino se retomaría páginas adelante cuando la doncella, apesadumbrada por el hecho de haber sido «la causa principal, cabeza y ocasión de aquella perdición», decidiera arrojarle de una torre¹¹².

La versión tradicional de la historia se altera de nuevo cuando Luna aborda el tema del inicio de la restauración, pues el coloquio entre Oppas y Pelayo y el suceso de Covadonga se relatan en dos episodios diferentes. Además, en esta ocasión no se menciona el rapto de la hermana de Pelayo ni tampoco su fuga de Córdoba, sino que es el propio arzobispo Oppas quien aconseja a Tariq y Muza conquistar la región de Asturias y Vizcaya «por cobrar buen crédito con aquellos generales»¹¹³. Los caudillos musulmanes aceptaron la iniciativa y enviaron a Oppas junto con una guarnición musulmana a convencer a Pelayo de que se entregase. Éste respondió apresando al arzobispo y despeñándolo con su propia mano, y atacando de noche a la guardia musulmana que los acompañaba y que acampaba en el valle. Humillados, los musulmanes reforzaron las fronteras para no recibir ningún daño de los cristianos y esperar una mejor ocasión para atacarlos. A la espera de nuevas órdenes, Tariq recibió una carta de Pelayo —que

¹⁰⁹ *Ibid.*, fs. 10 v-11 r.

¹¹⁰ *Ibid.*, f. 11 r.

¹¹¹ *Ibid.*, fs. 11 v-12 r. Menéndez Pelayo señaló en 1910 que el origen de la célebre carta se encuentra en la *Crónica del moro Rasís*, de donde la copió Pedro del Corral para incluirla en su *Crónica sarracina*, también llamada *Crónica del rey don Rorigo con la destrucción de España* (1403), y de aquí pasaría a Luna. A partir de Luna la carta sería reproducida por numerosos autores con más o menos las mismas palabras. MENÉNDEZ PELAYO, *op. cit.*, vol. II, pp. 96 y 106.

¹¹² *Ibid.*, f. 44 r.

¹¹³ *Ibid.*, f. 39 r.

nuestro escribano quería hacer pasar por auténtica— en la que éste explicaba los argumentos que lo llevaban a combatir contra los musulmanes, reproduciendo el esquema sobre la «pérdida y restauración de España» y la legitimidad de la monarquía española¹¹⁴. De todos los elementos que refleja la carta, hay que resaltar uno por su novedad: el trato que dio Pelayo al jefe musulmán, calificándolo de «valeroso alcalde» y deseándole que sus proyectos se encaminen «a buen fin». Es evidente que en estos pasajes la sangre morisca de Miguel de Luna hacía de los invasores valientes caballeros, como también es evidente que ello reflejaba los tropos de las novelas de caballería, donde los musulmanes, aunque infieles, eran tratados como caballeros. Una última particularidad es el hecho de que en el relato de la batalla de Covadonga no se hizo mención a ninguno de los milagros que había consignado la tradición¹¹⁵.

Comparada con el texto de Avilés, la obra de Miguel de Luna se muestra mucho más rica y sugerente por las imágenes y las novedades que encierra. Bien han hecho los críticos modernos en clasificarla como una novela histórica más que como una historia, pero el autor no podía escapar a las formas de escribir de su tiempo ni, mucho menos, a las circunstancias históricas que le hacían tomar plena conciencia de su situación como descendiente de moriscos. Tenido como falsario por la historiografía contemporánea, lo cierto es que, al alterar el discurso, Luna buscaba crear unas bases históricas con las cuales ligar la historia de los moriscos con la historia general de España y constituir una identidad propia en un momento difícil para la comunidad morisca. Sin embargo, a pesar de las alteraciones de nombres y sucesos, Luna tampoco logró romper el esquema providencialista de la «pérdida y restauración de España», sino que se sirve de él, puesto que sostiene que la invasión fue facilitada por el castigo que Dios había reservado a los visigodos. Es precisamente aquí donde radica la diferencia más importante con respecto a los demás autores: los musulmanes no son sólo los ejecutores de un castigo divino, sino los valientes actores de una conquista que se hace con pleno conocimiento de causa; habría que esperar al siglo XIX para que esta interpretación se generalizara entre los historiadores españoles.

Jerónimo de Zurita (1512-1580): la Corona de Aragón

Jerónimo de Zurita ocupa un sitio preeminente en la historiografía española de todos los tiempos¹¹⁶. Nombrado cronista de Aragón por las

¹¹⁴ *Ibid.*, fs. 40 v-41 r.

¹¹⁵ *Ibid.*, fs. 63 r-v.

¹¹⁶ Sobre Zurita y su obra, véase Felipe MATEU Y LLOPIS, *Los historiadores de la corona de Aragón bajo los Austrias*, Barcelona, Horta, 1944, pp. 15-19; Ángel CANELLAS,

Cortes del reino en 1548, este antiguo alumno de la Universidad de Alcalá y funcionario del Santo Oficio puso toda su inteligencia y destreza al servicio de la Corona de Aragón con la elaboración de los *Anales de la Corona de Aragón* (1562)¹¹⁷ y las *Gestas de los reyes de Aragón* (1572)¹¹⁸.

Baltasar Cuart ha analizado con detalle los ataques de los que fue objeto la obra de Zurita por parte de algunos escritores como Alonso de Santa Cruz, mostrando que detrás de esa polémica lo que existía en realidad era una tensión entre la «visión castellanista de la historia de España y una visión más amplia que incluyese las aportaciones de la Corona de Aragón, y sobre todo las de Fernando el Católico»¹¹⁹. En efecto, la obra del cronista aragonés buscaba dotar a los reinos que conformaban la Corona de Aragón de una historia verídica¹²⁰ y humanística gracias al filtro de la erudición, de la depuración de fuentes, de la eliminación de las leyendas y las fábulas, y de la utilización de una gran cantidad de documentos originales encontrados en los archivos hispanos e italianos. En consecuencia, Zurita dio comienzo a sus *Anales* con «aquella tan furiosa entrada que hicieron los moros, y de las causas della y de la división de sus reinos»¹²¹. Ya no puede extrañar al lector el hecho de que Zurita asuma esta postura, pero ello no resta importancia al hecho de que sea el «príncipe de los cronistas» el que haga de la conquista del siglo VIII no sólo un hito en la historia de España, sino el auténtico inicio de la misma¹²².

Zurita afirma al comienzo del texto que los musulmanes «fueron incitados e inducidos» a conquistar España por los hijos de aquél, «... que pretendía tener derecho a la sucesión del reino. También concurrió con

«El historiador Jerónimo de Zurita», y Fernando SOLANO, «La escuela de Jerónimo de Zurita», ambos contenidos en las actas del coloquio *Jerónimo de Zurita y su escuela. Congreso nacional. Ponencias y comunicaciones. Zaragoza, 16-21 de mayo de 1983*, Zaragoza, Institución Fernán el Católico-Excma. Diputación Provincial de Zaragoza, s. f., pp. 7-22 y 23-54, respectivamente.

¹¹⁷ Jerónimo DE ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, 9 vols., Zaragoza, Bernuz Impresor, 1562. Manejo la edición hecha por Ángel CANELLAS, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-CSIC, 1967.

¹¹⁸ Jerónimo DE ZURITA, *Indices rerum ab Aragíniae regibus gestarum ab initiis regni ad annum MCDX*, Caesaragustae, Ex officina Dominici Portonariis de Ursinis, 1578. Utilizo la edición de Ángel CANELLAS, *Gestas de los reyes de Aragón. Desde comienzos del reinado al año 1410*, 2 vols., trad. José Guillén Cabañeros, Zaragoza, Institución Fernando el Católico-CSIC, 1984.

¹¹⁹ CUART, *op. cit.*, p. 104.

¹²⁰ ZURITA, *Anales...*, *op. cit.*, vol. I, p. 4.

¹²¹ *Ibid.*, vol. I, p. 4.

¹²² En la *Gesta*, Zurita diría que muchos cristianos se refugiaron en el Pirineo «... y habían construido castillos en sus cimas. De donde surgió una guerra constante, ardua, cruenta y perpetua» (p. 31).

ellos el conde don Julián con particular enemistad que tuvo al rey Rodrigo por el adulterio que había cometido con su hija». Y termina señalando que entre estas dos naciones, «tan diferentes en leyes y costumbres» hubo «tan continuas batallas, y sucedió a los árabes tan prósperamente, que pereció en ellas aquella nobleza tan celebrada de los godos y su reino»¹²³.

No sólo sorprende la brevedad con que Zurita describe los acontecimientos, sino también el hecho de ser uno de los primeros en considerar claramente la invasión musulmana como la intervención de un tercero en una contienda civil entre los godos. Bien es cierto que Zurita no puede dejar de introducir cierta visión providencialista¹²⁴, pero en ningún momento enumeró los pecados de los godos ni cargó las tintas sobre el episodio de la Cava, el cual es presentado más como una injuria personal que como el detonante de la invasión¹²⁵, no obstante lo cual consideraba que dicha invasión era la más terrible que había sufrido España.

Si hasta este punto Zurita sigue más o menos el guión establecido, es a la hora de caracterizar la lucha contra los invasores más como una conquista territorial que como una liberación de la religión donde ofrece una interpretación distinta a la planteada por los historiadores generales, acercándose con ello a la posición que representaría Garibay:

«A tan gran destrozo y estrago como recibí España en esta entrada de los moros, se fueron encaminando todos los medios necesarios, de suerte que fueron ganando y conquistando la tierra y consumiendo la memoria de lo pasado a toda su ventaja [...] y aunque por la memoria de los hechos [...] no se entendiera cuan terrible fue esta conquista [...] debería bastar si bien lo consideramos, que pasaron más de ochocientos años antes que fuesen los moros lanzados de aquella primera tierra que en España ganaron, durando con ellos la guerra casi desde que entraron en ella»¹²⁶.

¹²³ ZURITA, *Anales...*, *op. cit.*, vol. I, p. 5.

¹²⁴ Afirmando, por ejemplo, que «toda esta grandeza fue destruida y deshecha tan a deshora, que se manifestó bien ser castigo y venganza del Cielo». *Ibid.*, vol. I, p. 6.

¹²⁵ Ello contrasta con lo escrito en la *Gesta*: «En el reinado de don Rodrigo, era 747, y levantándose en armas los hijos de Witiza, a los que don Rodrigo había arrojado de la sucesión del reino, que él había invadido, y Julián [...] entristecido por el dolor causado por el adulterio [de] don Rodrigo, porque el rey había violado a su mujer llamada Fraldrina, o se había burlado de su hija Caya, incitando a las fuerzas de los enemigos, bajo la capitanaía de Muza, príncipe de la milicia [...] los árabes irrumpen sobre Calpe, no a la manera de bandoleros, sino como entrando en sus tierras [...]. Con increíble ímpetu se apoderaron los árabes de las Españas, de forma que no pereció el reino hispano tanto por la nefanda traición pública de los hijos de Witiza o por el abominable crimen del conde don Julián, traidor, y calamidad pública como dicen, cuanto por la ira del cielo, por el agotamiento de la misma España y por la corrupción del pueblo godo» (p. 29).

¹²⁶ ZURITA, *Annales...*, *op. cit.*, p. 6.

La principal novedad que presenta la obra Zurita es, sin embargo, la preeminencia que el autor concede al movimiento de resistencia pirenaico sobre el movimiento astur, trastocando completamente el esquema casticista. De esta suerte, apoyado en sus investigaciones, el cronista aragonés considera que «los primeros que comenzaron a resistir la furia de los moros [...] y los que tuvieron ánimo para volverles el rostro cuanto se extienden los montes Pirineos [...] fueron los mismos godos ya españoles, aunque vencidos, con la ayuda de la nobleza y caballería de los francos», quienes tomaron las armas «por su propia defensa»¹²⁷. Ello, efectivamente, era inclinar la balanza a favor de la gesta aragonesa, que iniciaba de manera independiente. Tal «aragonesismo» se haría más evidente cuando el cronista afirmó que, efectivamente, Pelayo se levantó en Asturias y que su victoria en Covadonga sirvió para «echar» a los moros de Asturias, pero que tan sólo significó «el principio del reino que se fue fundando en aquellas provincias» y no, como sostenían los historiadores generales, el principio de la monarquía hispana¹²⁸.

Por otra parte, la participación franca encuentra en nuestro cronista —muy al contrario que en Mariana— cierto desarrollo y admiración, pues afirma que el duque Eudo, en pugna con Carlos Martell, llamó a los musulmanes para que le ayudaran en su lucha, aunque éstos, finalmente, acabaron apoderándose de Burdeos y Poitiers y se acercaron a Tours. Carlos Martell, «con singular esfuerzo y valor, ayuntó toda la gente que pudo y la caballería y nobleza del reino» y salió en defensa del mismo, derrotando a los invasores en «aquella tan famosa batalla» quedando «con grande gloria la nación francesa»¹²⁹. En este mismo sentido, Zurita también se hace eco de la entrada de Otger Cataló —la cual toma directamente de Pere Tomich—, aunque afirma que «de ninguna cosa de estas se halla mención en autores antiguos»¹³⁰ y que algún autor las tenía por falsas. Sin embargo, consciente de que ello podía herir susceptibilidades, no se pronuncia claramente sobre el particular¹³¹. Así pues, Zurita asume

¹²⁷ *Ibid.*, p. 9.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 11. En la *Gesta* el suceso se describe así: «... el mismo año [752] don Pelayo, hijo del duque Fafilán de sangre real, con el favor e impulso divino, saliendo de la cueva del monte Auseva derrotó a los enemigos, y echó los fundamentos del reino en la región de los astures entre los restos mismos de la espada y los enemigos huidos» (p. 30). Llama la atención la inserción de la frase «con el favor e impulso divino», pues con ello parecería querer otorgar a este suceso una supremacía espiritual frente a la primacía cronológica establecida en los *Anales*, consiguiendo así un cierto equilibrio.

¹²⁹ ZURITA, *Annales...*, *op. cit.*, p. 10.

¹³⁰ *Ibid.*, p. 12.

¹³¹ Cosa que sí hace en la *Gesta*: «La fábula que se cuenta en ese lugar de Otger Catalón [...] me parece que hay que rechazarla. No quiero resultar yo transmisor de una cosa incierta y vana. De ello no hay vestigio alguno, ni en los antiguos anales, ni en los monumentos fidedignos de los hechos históricos...», *op. cit.*, p. 31.

que la historia de España comienza con la invasión musulmana, identificándose plenamente con el proceso militar que llevó a su expulsión, pero apartándose radicalmente de la vía de legitimación castellanista y afirmando las raíces y la originalidad de la Corona aragonesa.

El capítulo tercero está dedicado a las diversas entradas de Carlomagno y Luis el Piadoso en la Península. De todos los acontecimientos que narra el cronista, me centro en la conquista de Barcelona y la explicación que ofrece sobre el desastre de Carlomagno en Roncesvalles.

En el primer caso, dice el autor que la futura ciudad condal «se ganó por los francos» en 801 y que, tras un largo sitio, Ludovico «entró en Barcelona y sacó aquella ciudad de poder de los moros», continuando posteriormente la guerra contra éstos y apoderándose de «los pueblos principales»¹³². Ya la *Gesta Comitum* señalaba la conquista de Barcelona y la campaña previa —en la que se conquistó Gerona— como el inicio de la lucha contra el islam allende los Pirineos, pero es Zurita quien vuelve a darle la importancia debida narrando prolijamente los sucesos con base en las fuentes que ha podido consultar y mencionando que, a partir de esa conquista, Carlomagno dividió el territorio en nueve condados y que la Sede Apostólica «proveyó que en Cataluña hubiese un arzobispado y siete iglesias catedrales...»¹³³.

El segundo punto muestra las imágenes identitarias que entran en juego. Hemos visto que originalmente Zurita se mostraba bastante tolerante con las ingerencias francas; en este caso, por el contrario, explicaba la desgracia de Roncesvalles como una muestra de resistencia por parte de los españoles frente a un nuevo intento de dominación extranjera:

«Carlo Magno, con esperanza de ayuntar a su señorío a España, que era poseída de los infieles y casi toda ella repartida entre muchos señores, confiando que el rey don Alonso de Asturias le dejaría por sucesor por no tener hijos [...], no dudó de ofrecer su poder contra los moros [...]

Teniendo desto noticia los grandes y ricos hombres del reino [...] no quisieron dar lugar que esto se efectuase ni se sujetasen a nación extranjera. Y poniendo sus alianzas con el rey de Zaragoza llamado Marsilio, salieron a resistir al emperador. Concordáronse de resistir a esta entrada y empresa de Carlo Magno los asturianos y las provincias de Vizcaya, Álava, Navarra, Ruchonia y Aragón; y con gran deliberación de un acuerdo deliberaron perderse y morir antes que sujetarse a los francos; y juntándose con el rey don Alonso salieron a pelear contra el rey Carlos...».

¹³² *Annales...*, *op. cit.*, p. 16.

¹³³ *Ibid.*, p. 17.

La derrota de Roncesvalles ha hecho correr ríos de tinta desde tiempos lejanos y no es aquí el lugar para describirla ni enmendar la versión de Zurita, pero es interesante ver cómo en este relato la guerra contra el infiel se ve supeditada a un interés supremo que es la defensa del territorio en cuya prosecución no se duda, incluso, en pedir el apoyo de los musulmanes. ¿Por qué en el relato de Zurita los hispano-cristianos prefieren oponerse a los franco-cristianos y no, por el contrario, buscar su ayuda para echar a los musulmanes? Una respuesta sería pensar que nuestro autor privilegia el aspecto territorial y por ello los eternos resistentes —astures, vascos y navarros— se enfrentan a un poderoso enemigo y le derrotan. Otra hipótesis tendría que ver más con el propio momento en el que vive nuestro cronista, en el que las luchas contra Francia estaban presentes en el recuerdo de todos los contemporáneos. En cualquier caso, Zurita dedicaría sólo un párrafo a narrar la historia de Wifredo el Velloso, cuya legitimación como conde de Barcelona se hizo por la doble vía de la infeudación y la conquista militar del territorio con su propio brazo¹³⁴.

Por lo que respecta a los orígenes de la monarquía aragonesa, y ante la falta de noticias ciertas y la contradicción de las distintas versiones, Zurita optó por jugar con los cuatro elementos de legitimación que tan claros e indiscutibles resultados habían dado en la justificación de los orígenes de la monarquía astur: 1) resistencia frente a los musulmanes en las montañas; 2) existencia de un lugar santo (una cueva); 3) elección por los cristianos del caudillo o monarca siguiendo la usanza visigoda, y 4) guerra contra los musulmanes y conquista del territorio sobre el que se constituiría el reino. De esta forma, aunque Zurita pretendiese remontar los orígenes de la Corona de Aragón a los momentos inmediatamente posteriores a la invasión musulmana, lo cierto es que al final se vio obligado a recurrir a los tropos conocidos y construir el discurso de la legitimidad aragonesa a imitación de la asturiana¹³⁵. En cualquier caso, lo importante es que esa legitimación tenía ya unas raíces históricas indiscutibles.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 35.

¹³⁵ En la *Gesta*, hablando de los primeros reyes aragoneses y refiriéndose al texto de Jiménez de Rada, de donde toma la información, Zurita afirma que «el mismo autor [Jiménez de Rada] recuerda que fueron lo mismo los principios entre los Vascitanos de la parte de acá del Pirineo, para equipararlos a los principios del reino de don Pelayo entre los Astures y los principios de la reconquista entre los Cántabros y así atribuye el Reino de Navarra a don García Jiménez y el condado de Aragón a don Aznar», *op. cit.*, p. 32. La introducción del término «reconquista» fue hecha por el traductor. El texto original dice así: *Ipsa vero regni primordia in Vascitania cis Pyreneus facta idem auctor, ut Regni a Pelagio inter Astures et Cantabros constituti initis adaequarent, altius repetita haec fuisse commemorat ut Navarrae regnum Garcíaie Simenio attribuat: Aragoniae vero Comitatum Aznario. Indices rerum ab aragoniae regibus...*, *op. cit.*, f. 4.

Construyendo la moderna identidad catalana

Conocido es el hecho de que Cataluña no se adaptó fácilmente a la situación política peninsular creada por Carlos I y Felipe II, donde se vio relegada a un segundo plano en lo político y en lo económico. Por otra parte, frente a la exaltación de la historia castellana, los pensadores catalanes se vieron en la doble necesidad de reconstruir su propia historia a partir de las nuevas claves humanísticas y de difundir tal historia en los otros reinos de la monarquía hispana.

Fruto de estas necesidades fueron tres obras escritas al inicio del siglo XVII en la ciudad condal. La primera fue redactada por el jesuita Pere Gil en 1600 con el título de *Libre primer de la historia catalana en lo qual se tracta de Historia o descripció natural, ço es de coses naturals de Catalunya*¹³⁶; en ella se alaba la feracidad de la tierra, la bonanza del clima, la pureza de sus aguas, la riqueza de sus minas, la variedad de sus productos agrícolas y manufacturas, las virtudes morales de sus pobladores y en la que Cataluña se asimila poco menos que al paraíso terrenal, si bien las noticias sobre los sucesos del siglo VIII eran escasísimas. El segundo texto, debido al cálamio del dominico Francisco Diago, se publicó en 1603 bajo el título *Historia de los victoriosísimos antiguos condes de Barcelona*¹³⁷. La tercera, escrita por el jurista barcelonés Jerónimo de Pujades, apareció en 1609 con el título *Crónica universal del principat de Catalunya*¹³⁸.

El que las tres obras fueran escritas en lengua romance —la primera y la tercera en catalán y la segunda en castellano— confirma el deseo de que su contenido fuera conocido no sólo en el principado, sino también en el resto de los reinos de la monarquía, pues, si hacemos caso a las quejas de Mariana, ya nadie comprendía el latín. Ahora bien, el hecho de que tanto la descripción geográfica de Cataluña como su crónica univer-

¹³⁶ Pere GIL, *Libre primer de la historia catalana en lo qual se tracta de Historia o descripció natural, ço es de coses naturals de Catalunya*, Barcelona, Societat Catalana de Geografia-Institut d'Estudis Catalans, 2002.

¹³⁷ Fray Francisco DE DIAGO OP., *Historia de los victoriosísimos antiguos condes de Barcelona, dividida en tres libros, en la cual allende de lo mucho que de todos ellos y de su descendencia, hazañas y conquistas se escribe, se trata también de la fundación de la ciudad de Barcelona y de muchos sucesos y guerras suyas, y de sus obispos y santos y de los condes de Urgel, Cerdaña y Besalú, y de muchas otras cosas de Catalunya*, Barcelona, Casa de Sebastián Cormellas al Call, 1603.

¹³⁸ Jerónimo DE PUJADES, *Coronica universal del pricipat de Catalunya*, 1609. He trabajado con la edición preparada por Torres AMAT, Alberto PUJOL y Próspero BOFARULL, *Crónica universal del Principado de Cataluña escrita a principios del siglo XVII*, 6 vols., Barcelona, Imprenta de José Torner, 1829.

sal estuvieran redactadas en la lengua del principado, no podía sino traducir una cosa: una clara voluntad de auto-afirmación frente al discurso castellano. Distintas en su calidad y contenido —la primera una relación geográfica, la segunda una historia local de Barcelona y la tercera una crónica universal— vistas en perspectiva parecen ser los peldaños necesarios para construir una identidad histórica: la tierra, la historia local y la inserción de ésta en la corriente de la historia universal¹³⁹.

Francisco Diago (1562-1615): exaltando la capital del condado

El cronista oficial de Aragón por nombramiento de Felipe III, fray Francisco Diago, consagró varios años de su vida a estudiar la historia de la ciudad de Barcelona¹⁴⁰. Presentada como resultado de un mero interés erudito y cultural, lo cierto es que la *Historia de los victoriosísimos Condes* era una apología en favor de la ciudad condal y, por extensión, del Principado de Cataluña.

Quizá con menos dotes intelectuales que Zurita pero con el mismo celo erudito y amor por la historia, el curioso dominico se proponía escribir la historia de los condes de Barcelona con base en los muchos documentos originales que vio en el archivo de la catedral. A ello le movía el desconocimiento que existía sobre la historia barcelonesa en los distintos reinos de la monarquía. En este sentido, el espíritu crítico de nuestro dominico se muestra al negar, por ejemplo, la leyenda de Otger Cataló y reproducir numerosos documentos originales y extractos de crónicas y fuentes carolingias, aunque, todo sea dicho, tampoco dudó en hacer de Hércules el fundador de la ciudad. Dato no vanal si se recuerda que Avilés forzaba su discurso para llevar los orígenes asturianos a la época de la guerra de Troya.

Al hecho de ser la primera obra erudita de la época moderna destinada a estudiar pormenorizadamente la historia barcelonesa, se añade una importantísima novedad: la inserción de grabados para ilustrar el discurso y la propia historia de la ciudad. El hecho, a la luz de los aportes de Roger Chartier sobre la historia del libro, no debe menospreciarse, pues entiendo que ello refleja una auténtica voluntad de difusión de la

¹³⁹ Para una visión actualizada sobre la cronística catalana del siglo XVI, véase Eulàlia DURAN, «Historiografía dels temps de l'Humanisme», en Albert BALCELLS (ed.), *Historià de la historiografia catalana. Jornades científiques de l'Institut de Estudis catalanas. Barcelona, 23, 24 i 25 de octubre 2003*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalanas, 2004, pp. 77-92.

¹⁴⁰ Véase al respecto SÁNCHEZ ALONSO, *op. cit.*, vol. II, p. 189, y MATEU, *op. cit.*, pp. 37-39.

historia de la ciudad y se convierte en un apoyo visual a la construcción del discurso.

Tras narrar la forma en que los musulmanes se hicieron con el control de la Península, Diago afirma que en el año 717 conquistaron Barcelona, concediéndole las mismas capitulaciones que a otras ciudades. Ello le dio pie para dedicar todo un capítulo a exponer «cómo se fue cobrando España por los cristianos y señaladamente la ciudad de Barcelona, entregando al poder de Carlomagno los pocos godos y cristianos que en ella había en tiempos del obispo Vivas» y a señalar enfáticamente que el inicio de la lucha contra los musulmanes en Barcelona no necesitaba ser explicado en función de otros movimientos de resistencia, con lo cual resaltaba su originalidad¹⁴¹.

Por otra parte, el cronista legitimaba la naturaleza condal de la ciudad con base en los privilegios otorgados por Luis el Piadoso (801) y Carlos el Calvo (844) —que reproduce íntegramente en castellano—, según los cuales los habitantes de la ciudad reconocieron libremente a Luis como su señor a cambio del reconocimiento que éste hacía de sus leyes y costumbres —hecho que a principios del siglo XVII no estaba exento de intencionalidad política—. Tal reconocimiento se basaba en el hecho de que Luis, en su última entrada en la ciudad, «echó del todo de Barcelona a los moros que se le habían rebelado»¹⁴² y posteriormente inició la restauración eclesiástica, pues tras la conquista de la ciudad, el rey de Aquitania «se fue derecho a la Iglesia de Santa Cruz y edificó el monasterio de las Puellas de San Pedro y la iglesia de los mártires Justo y Pastor». Esta acción del monarca carolingio lleva a Diago a hacer una reflexión que ciertamente se apartaba de la versión mozárabe del relato de la conquista, según la cual todas las iglesias de España habían sido destruidas, y así concluía nuestro autor que la iglesia «no fue violada por los moros sino que la dejaron en pie, para que los cristianos que quedaron en la ciudad desde tiempo de los godos se recogiesen en ella y oyesen misa y recibiesen los sacramentos»¹⁴³.

Una vez conquistada Barcelona, era menester organizar su gobierno, por lo que el monarca franco «trató de señalarle al conde que tuviese a su cargo mirar por ella, gobernarla y defenderla de los moros de la tierra. Y para que lo pudiese mejor hacer le dio una muy buena guarnición de

¹⁴¹ «No quiero referir ahora lo que hizo en Asturias el infante don Pelayo, ni contar las hazañas de Aznar conde de Aragón y su hijo Galindo, ni reducir a la memoria los maravillosos hechos de los godos y españoles que de Cataluña se habían retirado a los Pirineos porque eso no pertenece a esta historia, sólo diré lo que toca a Barcelona que es el blanco de mis intentos». DIAGO, *op. cit.*, fs. 47 v-48 r.

¹⁴² *Ibid.*, f. 49 r.

¹⁴³ *Ibid.*, f. 50 r.

godos, que habíalos aun muchos en la tierra desde la pérdida de España y también en Guyena y en la Galia Narbonense [...] y señaló por conde a cierto godo caballero valiente y principal, llamado Bera»¹⁴⁴. Tras narrar los acontecimientos políticos de la primera mitad del siglo IX, nuestro autor dedicaría el capítulo décimo primero a explicar «cómo el conde don Wifredo acabó de echar de su tierra a los moros y fundó el monasterio de Ripol», haciendo de la conquista del territorio por parte del Velloso la principal fuente de legitimación de la casa condal barcelonesa¹⁴⁵.

Al lector no escapará el sentido profundo que encerraba el discurso de Diago: Cataluña existía desde tiempos remotos y, mejor aún, no se había producido una ruptura respecto del pasado visigodo, pues habían sido los propios godos los que habían iniciado el proceso de conquista, los que habían detentado el gobierno de la ciudad desde época carolingia y los que, de mano de Wifredo el Velloso, habían conquistado el territorio del principado, amén de que las iglesias no habían sido destruidas, insistiendo con ello en la continuidad de la institución eclesiástica.

Jerónimo de Pujades (1568-1635): exaltando la historia del principado

Movido por una auténtica inquietud histórica, el jurista y catedrático de cánones por la Universidad de Barcelona Jerónimo de Pujades dedicó varios años de su vida a componer su *Crónica universal del Principado de Cataluña*, exhumando documentos y manuscritos de los distintos archivos civiles y eclesiásticos y diversas bibliotecas de Cataluña¹⁴⁶. Sin embargo, sólo pudo dar a la luz —en lengua catalana— la primera parte de su obra, que culmina en el año 714¹⁴⁷.

La *Corónica* nació con la voluntad expresa de exaltar las glorias de la patria¹⁴⁸. Este amor a la patria chica fue el que llevó a Pujades a escribir en catalán, «así por no ser ingrato a la patria y nación, dejando la propia por otra lengua [...] como también por tratar toda la obra de Cata-

¹⁴⁴ *Ibid.*, f. 52 v.

¹⁴⁵ *Ibid.*, f. 67 r.

¹⁴⁶ SÁNCHEZ ALONSO, *op. cit.*, vol. II, p. 189, y MATEU, *op. cit.*, pp. 41-42.

¹⁴⁷ El resto de la crónica permaneció inédita pero corrió una suerte algo singular: en 1644, Pedro de la Marca obtuvo de la familia de Pujades los manuscritos, documentos y textos que les pertenecían y con ellos redactó su *Marca Hispánica*. El manuscrito de Pujades pasó sucesivamente a la biblioteca del arzobispo de Ruán (1662) y a la Real Biblioteca de París, donde Juan Taberner, canónigo de la catedral de Barcelona, pudo realizar una copia en 1715 que serviría de base para la edición de Torres Amat.

¹⁴⁸ PUJADES, *op. cit.*, vol. I, p. XI.

luña y estar dedicada a personas de tanta magnificencia y lustre, que son cabeza y amparo de todas las demás ciudades, villas y lugares de aqueste Principado y Condados»¹⁴⁹. Coherente con el deseo de insertar la historia del Principado dentro del gran cauce de la corriente universal, nuestro jurista pretendía escribir la historia del mismo desde el «diluvio hasta la pérdida de España en tiempos del rey Rodrigo Godo»¹⁵⁰.

Lo más interesante sobre la «restauración de Barcelona» es que Pujades dibuja un cuadro semejante al que los autores generales elaboraron para la totalidad de España —los párrafos recuerdan mucho a los de Mariana— pero centrándose sólo en Cataluña. De esta suerte, aunque se repite la historia de los pecados de los godos¹⁵¹, los sucesos se reducen a unas pocas líneas y nuestro catalán prefiere exaltar la resistencia heroica de aquellos visigodos que escogieron vivir en libertad y que no se sometieron a los invasores mediante la firma de capitulaciones, lo que les habría hecho quedar en calidad de «esclavos» y pagando tributos. Así, aquéllos

«... salvando la libertad para mayores y más excelentes fines [...] escogiendo antes vivir en pobreza y libertad que estar con tan pesada sujeción en sus casas, se apartaron de los pueblos y retiraron a las cuevas, enjaulándose en la espesas selvas e intrincados bosques de los montes Pirineos y otras partes seguras [...], que sin caudillo o capitán general, ni rey o potentado que les acaudillase, siendo caballeros particulares, tuviese cada uno un príncipe en su pecho para la defensa de su patria. Pasaba esto particularmente en las partes de Ribagorza, Pallas, Cerdaña, Capsir, Conflent, Rosellon, y Montes de Garoa, tierras de montes y sierras, fragosos y quebrados pasos para la gente de guerra que anda con las armas a cuestas»¹⁵².

Aquí es necesario hacer un alto para señalar no tanto el valor de los que prefirieron huir a los montes Pirineos y escapar del yugo sarraceno, sino para resaltar la continuidad visigoda que establece Pujades de forma explícita, insistiendo en que esta continuidad no se rompería nunca, sino, antes bien, se vería reforzada con la emigración de los hombres de Iglesia que acudirían con sus libros, ornamentos y reliquias a asistir al culto de los cristianos y a fundar nuevas iglesias y monasterios¹⁵³. En este sentido, los párrafos aquí condensados son sumamente reveladores sobre las intenciones de Pujades y su forma de crear un discurso

¹⁴⁹ *Ibid.*, vol. I, p. XXXIX.

¹⁵⁰ *Ibid.*, vol. I, p. XXXVII.

¹⁵¹ Se incluye en los últimos capítulos del t. IV.

¹⁵² *Ibid.*, vol. V, pp. 5-6.

¹⁵³ *Ibid.*, vol. V, pp. 6-7.

identitario: el Pirineo podía competir con Asturias en ser el refugio del pueblo perseguido. Sin embargo, tales pretensiones tenían que rendirse ante un hecho incontestable como era la primacía de la elección de Pelayo como rey de los astures, aunque nuestro autor se cuidó muy mucho en señalar que sólo fue elegido como rey de aquéllos y no como rey de España, así como en especificar que los godos del Pirineo no imitaron a éstos, sino que tan sólo se vieron más motivados en su lucha por «liberar a la patria»¹⁵⁴.

La idea de exaltar la antigüedad de los condados catalanes —y el hecho de reconocer que no tenían caudillo que los dirigiese contra el enemigo— obligaron a Pujades a recrear y a dar por buena la leyenda del «valeroso capitán» Otger Cataló, hecho que le restaría credibilidad frente a la crítica moderna¹⁵⁵. Por otra parte, las entradas de Carlomagno en Cataluña sirvieron a nuestro autor como fuente de legitimación de la historia y los orígenes medievales del principado, una legitimación que se basaba no sólo en el propio prestigio de la dinastía carolingia, sino también en el doble hecho de que Carlomagno había «ganado» con su espada un amplio territorio y de que los cristianos siempre estuvieron prestos a defenderlo¹⁵⁶. Sin embargo, a pesar de la importancia dada a la conquista territorial, lo cierto era que el motivo último de la lucha seguía siendo, más que la recuperación del territorio —una recuperación que no podía pensarse como tal, pues Carlos no era visigodo—, la recuperación de la libertad por parte de «nuestros españoles catalanes» que habían quedado bajo sujeción musulmana¹⁵⁷, idea que sería repetida con motivo de la «liberación» de Barcelona por Ludovico Pío¹⁵⁸. No puede escapar al lector la diferencia existente en el trato dado a los carolingios en la obra de Pujades. Mientras que Mariana y Garibay les tenían por poco menos que invasores, Pujades les tenía por reyes «cristianísimos» y liberadores de Cataluña. Es por ello que en el texto de Pujades habrá que esperar a los relatos del saqueo de Barcelona por Almanzor para

¹⁵⁴ Nuestro autor lo explica de la siguiente forma: «O por ventura así bien como en aquellos reinos de Asturias, de Oviedo y de Sobrarbe y Navarra, por estar divididos y apartados, no pudieron hacer una junta en un cuerpo y un ejército, y habiendo antes sido todos de un rey, no concurrieron o concordaron en una elección de un mismo caudillo, antes bien cada cual de aquellas provincias levantó su diferente cabeza y reino». *Ibid.*, vol. V, p. 19. La idea de la autonomía del movimiento de «liberación de la patria» se repite en numerosas ocasiones: pp. 17, 18, etc.

¹⁵⁵ *Ibid.*, vol. V, p. 49.

¹⁵⁶ «Habían moros de paz y tregua, y otros de frecuentes peleas, corrían los cristianos las tierras de los últimos, daban saco en algunos pueblos, talábanles los campos, tomaban algunas villas y conforme a las ocasiones las retenían y fortificaban o dejaban yermas y des pobladas...». *Ibid.*, vol. V, p. 289.

¹⁵⁷ *Ibid.*, vol. V, p. 289.

¹⁵⁸ *Ibid.*, vol. V, p. 353.

que la lucha contra los musulmanes se entienda —ahora sí— como una recuperación territorial¹⁵⁹.

El análisis de estos dos autores catalanes me permite establecer una serie de hechos de gran relevancia para nuestra investigación: primero, que a finales del siglo XVI los historiadores catalanes también consideran la invasión sarracena como un hito en la historia de España, reconociendo con ello implícitamente su pertenencia a la monarquía del rey católico; segundo, sin dejar de tener presentes los sucesos de Asturias, prefieren concentrarse en su propia gesta y presentarla como un movimiento de resistencia espontáneo que no sigue el ejemplo de ningún otro movimiento; tercero, en la construcción de la identidad histórica y de la legitimación de la casa condal, la guerra contra los musulmanes tuvo también un papel fundamental puesto que, como el resto de las monarquías hispanas, los catalanes se vieron en la necesidad de conquistar palmo a palmo el territorio sobre el que pretendían ejercer su autoridad, y cuarto, en ningún momento se utilizó el término *reconquista*, antes bien, parecen existir dos opciones a la hora de considerar las incursiones carolingias: para Diago se trata, simplemente, de una conquista militar en la que prevalecen los intereses político-territoriales sobre los religiosos —cosa extraña si se tiene en cuenta su pertenencia al clero—; para Pujades, por el contrario, se trata de una liberación del yugo sarraceno y de una ayuda en la prosecución de un objetivo supremo: la conquista de la libertad.

Me parece oportuno cerrar el capítulo con unas conclusiones puntuales que se derivan de considerar de forma conjunta los textos arriba analizados. En primer lugar, puede constatar que todos los autores, salvo Zurita, fueron propensos a aceptar las leyendas y fábulas que envolvían los acontecimientos del siglo VIII: en el caso de los castellanos se trataría de la violación de Florinda; en el de los territorios pirenaicos de la venida de Otger Cataló y la fundación de la ermita de San Juan de la Peña, imagen y contrapunto de Covadonga. En segundo lugar, puede afirmarse que la exaltación de las batallas de Guadalete y Covadonga obedecía a la voluntad expresa —es decir, a un proceso de selección— de subrayar los acontecimientos que iban a constituir los principales hitos del devenir histórico español a partir de la época moderna y a partir de los cuales se iba a construir la legitimidad de la monarquía española y a sustentar su proyecto político como defensora y propagadora de la fe católica. En

¹⁵⁹ A propósito de la conquista de Barcelona por el conde Borrel diría que «... bajando de aquellos montes, dieron sobre los moros de la ciudad, y tales combates les dieron, que en breve la recobraron, dejándola libremente al conde Borrel su legítimo señor». *Ibid.*, vol. VII, p. 263. Es interesante añadir que Pujades hizo participar en este episodio al propio san Jorge, dando así un aire de sacralidad a la lucha contra el islam que no encontramos en los sucesos del año 801. *Ibid.*, vol. VII, p. 266.

este sentido, en tanto cronistas reales, los autores estudiados se convirtieron en los guardianes de la memoria oficial, una memoria definida por Pierre Nora como «memoria Estado», una memoria no coercitiva, sino «tout officielle, protectrice et mécène [...] Mémoire donc puissamment unitaire et affirmative»¹⁶⁰. Finalmente, puede constatarse el hecho de que los autores de los territorios orientales crearon un discurso propio para diferenciarse de los castellanos, pero, para hacerlo de forma exitosa, tuvieron que imitar los modelos historiográficos de la época, exaltando las gestas locales, incorporando leyendas y milagros de naturaleza similar al de las historias generales de España —el topos de la cueva, por ejemplo— y asumiendo la primacía del movimiento de Pelayo. Por su parte, los escritores de la periferia castellana no tuvieron inconveniente alguno en sumarse a ese relato nacional que habían creado los cronistas oficiales, imitando las formas retóricas y suscribiendo punto por punto el mito fundacional de la «pérdida y restauración de España», mito que sería cuestionado gradualmente a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

¹⁶⁰ NORA, *op. cit.*, vol. II, *La Nation*, p. 648.